

LOS HOMBRES-MONO DE TITÁN

ROY SILVERTON

Los hombres-mono de Titán

Colección **ESPACIO**

Los hombres-mono
De Titán

por

ROY SILVERTON



EDICIONES TORAY, S. A.

Arnaldo de Oms, 51 - 53

BARCELONA

Depósito legal B. 15.562 - 1959

Registro núm. 6.445 - 59

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. Peralta — Arnaldo de Oms, 51 - 53 —, Barcelona

LOS HOMBRES MONOS de TITAN

CAPÍTULO PRIMERO



RANK! ¡Mira a la pantalla y dime si ves lo mismo que estoy viendo yo! ¡Temo haberme mareado!

El que acababa de pronunciar estas palabras era Gus Harrisson, el operador de a bordo. Y se dirigía a Frank Collins, el ayudante del piloto, que en aquel momento acababa de entrar en la pequeña cabina transmisora, anexa al puesto de mando de la nave.

—¡Si ves un gorila o algo que se le parece mucho, no estás mareado, muchacho! —contestó Frank, rectificando seguidamente—: O, en tal caso, lo estamos los dos.

—Pero, Frank, ¡estamos a mil quinientos millones de kilómetros de la Tierra! —repuso Gus—. ¿Es que no te das cuenta del detalle?

—Los he recorrido contigo y con los demás tripulantes de la nave

—dijo Frank—. Sinceramente, Gus, no veo por qué te has de asustar tanto. Yo siempre he dicho que podía haber seres vivientes en los planetas del Sistema Solar, aunque hasta el momento no hayamos tropezado con ninguno.

El miedo que se dibujaba en las facciones de Gus Harrisson no se borró, sin embargo, por las palabras de su compañero de expedición.

—Creo que no has advertido una cosa, Frank —dijo.

—Menos misterios y házmela notar tú.

—Me refiero a la pantalla —explicó Gus—. Es la receptora; o sea que para que algo o alguien aparezca en ella tiene que estar frente a un aparato transmisor.

Ahora, Frank se puso serio de verdad. Tan serio como su amigo, empezando también a asustarse tanto como él.

—¡Rayos! ¡Tienes razón! —exclamó—. ¡No me había dado cuenta! ¿Quieres decir que…?

—No quiero decir nada —contestó Gus, a la interrumpida pregunta—. Señalo los hechos. Este ser con apariencia de gorila sólo puede estar en nuestra pantalla receptora si físicamente se halla frente a un aparato transmisor. Pero eso no es todo, Frank.

—¿Cómo? —el miedo de Frank iba creciendo ahora—. ¿Quieres decir que hay más?

—¡Sí, Frank! ¡Quiero decir que ese ser ha hablado! ¡Y ha hablado en inglés!

Frank dio materialmente un salto.

—¿Qué…? —exclamó.

—¡Te digo que me ha hablado en ingles! «Dad por terminada vuestra exploración y regresad a la Tierra», han sido sus palabras. Le he entendido perfectamente. Y luego ha añadido: «¡Si no me hacéis caso, es posible que no consigáis regresar nunca a vuestro planeta!».

Frank miró al extraño personaje cuya imagen seguía reflejando la pantalla. Vio unas facciones acusadamente neandertaloides; frente pequeña, de ángulo facial muy agudo; ojillos menudos y hundidos, de mirada estúpida; nariz chata, muy aplanada, y carencia casi absoluta de mentón. Sus cabellos, hirsutos, colgaban en forma de melena, y una especie de cerdas que le crecían en el rostro daban la apariencia de barba. Dentro de la estupidez de su mirada, aquel ser daba la sensación de cierta curiosidad, sin duda porque estaba contemplando el aparato que se encargaba de transmitir su imagen a la pantalla receptora de la nave.

—No es posible que haya hablado, Gus —dijo el ayudante del piloto, al hacerse cargo de todas estas apreciaciones—. No diré que

estés mareado, pero afirmo que el miedo te ha hecho ver, o mejor dicho oír, cosas que no son.

Sin embargo, Frank tardó muy poco en comprobar que su compañero no había sido víctima de ninguna alucinación. Los delgados labios del gorila, o lo que fuese, empezaron a moverse, y el altavoz empezó a retransmitir las palabras pronunciadas:

—No les hablaré más. Es la última vez que lo hago. Regresen a la Tierra inmediatamente o perecerán todos los que componen la expedición.

En inglés, como había dicho Gus. Ahora, Frank no podía tener la menor duda, y sintió que su pánico aumentaba. ¿Cómo era posible aquello? ¿De dónde había salido aquel ser, que daba órdenes a los componentes de una expedición científica? Y como el gorila hizo ademán de retirarse, Gus gritó:

—¡Espere! ¡No se mueva! ¡Yo no soy más que el operador de a bordo! ¡Es conveniente que le vea y que le oiga el jefe de la expedición!

El gorila no contestó, pero su imagen continuó reflejándose en la pantalla, como dando a entender que accedía a la demanda de Gus.

—¡Aprisa, Frank! —dijo este a su compañero—. ¡Avisa al profesor Preston! ¡Antes de que ese tipo se canse de permanecer ahí y desaparezca!

Habían cerrado el micrófono, para que sus palabras fueses oídas solamente por la persona a quién iban dirigidas. El ayudante del piloto hizo un gesto de asentimiento, y abandonó la pequeña cabina.

Antes de cinco minutos todo el personal de a bordo estaba allí, contemplando la extraña imagen que seguía reflejándose en la pantalla. En total, seis hombres y una mujer. Los hombres, aparte de Gus Harrisson y Frank Collins, eran el piloto, Fred Mortimer, joven como los dos anteriores; Dan Farrell, teniente del Ejército, muchacho atlético y jovial; el profesor Norton Grey, hombre que rozaba ya la cuarentena, y Harry Preston, también profesor, especializado en energía atómica, jefe de la expedición, y cuya edad había dejado ya atrás los cincuenta. La única mujer era la encantadora Silvia Preston, hija de Harry, que con sus veintidós años estaba ya a punto de licenciarse en Física Nuclear.

Frank no se había limitado a avisar al profesor Preston, sino que su llamada de alarma había alcanzado a los demás, y todos estaban ahora contemplando al extraño ser quien, a su vez, parecía mirarles a ellos a través de su propia pantalla.

Nadie hizo el menor comentario, de momento. Todos miraban asombrados y pareciendo dudar de lo que estaban viendo. Fue Harry

Preston el primero en reaccionar. Acercándose al micrófono, cuyo contacto había restablecido Gus, dijo:

—Yo soy el profesor Harry Preston, del Centro Atómico americano de Las Vegas. ¿Con quién hablo?

El gorila no pareció haber entendido las palabras del científico americano. Su expresión seguía siendo tan estúpida como siempre. Sin embargo, sus labios se movieron ligeramente, y los tripulantes de la nave pudieron captar las palabras con toda claridad:

—Soy Ghar, rey de Titán. No permitiré que nadie invada mis dominios. El que lo intente, perecerá. Dense por advertidos y regresen inmediatamente a la Tierra.

—Nuestras intenciones son pacíficas —replicó Preston—. No pretendemos más que establecer buenas relaciones con ustedes. Nosotros... Pero, ¡escúcheme! ¡No se retire aún! ¡Déjeme hablar!

Todo fue inútil. Aquel extraño personaje, aquel gorila, Ghar, el rey de Titán, se había retirado quedando interrumpida la comunicación.

Los tripulantes de la nave se miraron unos a otros, como interrogándose mutuamente; parecían preguntarse con los ojos si podían dar crédito a lo que acababan de ver y oír. Hasta entonces no se había comprobado la existencia de seres más o menos inteligentes en ninguno de los planetas o satélites del Sistema Solar. Vegetales sí, y hasta algunas formas primarias de vida animal. ¡Pero un vertebrado, un homínido, como el ser que había aparecido en la pantalla proclamándose rey de Titán, era el primer caso que se daba!

Dan Farrell, el joven teniente, estrechó la muñeca de Silvia Preston, que tenía ya asida.

—No te asustes, Silvia —le dijo mirándola con ternura—. Todo se aclarará. Puede tratarse de una broma de mal gusto.

Norman Grey, también profesor del Centro Atómico de Las Vegas y segundo jefe de la expedición, miró a Dan con dureza.

—¿Puede decirnos en qué consiste el mal gusto de la broma, teniente? —preguntó.

Había resentimiento en su voz, y no por las palabras que había pronunciado Dan, quizá un poco a la ligera. El disgusto de Grey tenía motivos más profundos y más antiguos. Aunque un poco mayor, él pretendía a Silvia y no podía aceptar que la joven se hubiese inclinado por Dan. Él, Grey, se consideraba superior al teniente Dan Farrell en todos los aspectos.

—En realidad, no lo puedo explicar —contestó Dan—. Me he limitado a decir algo para tranquilizar a Silvia. Lamento que haya

echado usted por los suelos mis intenciones, Grey.

—El caso es —dijo el padre de Silvia, interviniendo—, que ese individuo hablaba a través de un aparato transmisor, y lo hacía en nuestro idioma. Y si tenemos en cuenta su ángulo facial, que acusa un estado de idiotez que, por otra parte, se manifiesta en todo su aspecto, carece de la inteligencia necesaria para haber construido un aparato transmisor y para haber aprendido ningún idioma, salvo el gutural propio de su tribu.

—Esto considerado desde un punto de vista exclusivamente terrícola, Preston —objetó Grey—. Nada nos permite negar que la evolución del cerebro de unos seres nacidos en otro mundo sea completamente distinta a la nuestra.

—¡Hum! —hizo el jefe de la expedición. Y luego, dijo—: A pesar de lo que hemos visto, sigo opinando que no hay seres semejantes a los humanos en ningún mundo del Sistema Solar.

—Se basa usted en lo que hemos visto hasta ahora —volvió Grey —. Pero esto no significa nada. Cada mundo tiene su propia evolución, y lo que ha sucedido en la Tierra puede suceder también en otra parte. Lo contrario sería negar el poder del Creador.

—No voy por ese camino, Grey —repuso Preston—. Lo que quiero decir es que muy bien podríamos haber sido objeto de una burla.

—¿Cómo?

—Sí, Grey. ¿Qué hemos visto, en definitiva? Un gorila o algo que se le parece mucho. ¿No podría alguien, un ser humano que nos hubiera precedido, haber puesto al gorila frente al aparato transmisor para hacernos creer que se trata de una raza que habita en Titán?

—Usted, lo mismo que yo y los demás, han visto que ese animal no era ningún gorila. Sus características pueden tener cierta semejanza, pero se trata de un animal distinto que no existe en la Tierra —dijo Grey—. Y tengan en cuenta una cosa: Titán es uno de los pocos astros del Sistema que poseen atmósfera. Una atmósfera semejante a la de la Tierra, como hemos podido comprobar viendo a ese personaje sin escafandra para respirar. ¿Por qué, pues, no puede ser un habitante natural de ese satélite de Saturno?

Desde el punto de vista científico, la observación de Grey no carecía de lógica. Titán, sexto de los diez satélites de Saturno, con un volumen doble al de nuestra Luna, posee una atmósfera semejante a la de la Tierra y nada permite negar que allí la vida no haya adquirido un desarrollo evolutivo semejante al nuestro.

En el año 2014, en que la nave mandada por el profesor Preston surcaba el espacio, se conocían ya bien todos los planetas cercanos a la Tierra, y se habían establecido colonias en todos los que ofrecían

posibilidades, por remotas que fuesen, de adaptación. Saturno, con sus diez satélites, es de los lejanos, lo cual significa que allí la fuerza vivificadora del Sol llega muy atenuada. Pero esto se puede compensar en cada uno de los satélites mediante el calor del propio Saturno, todavía en estado gaseoso y, en consecuencia, nada impide que la vida se haya desarrollado en algunos de ellos de modo aceptable, como acababa de expresar el profesor Norman Grey.

Harry Preston reflexionó unos momentos, contestando luego:

—He de reconocer que sus palabras no tienen nada de absurdo, Grey. Sí, es posible lo que acaba usted de decir, y la mejor forma de comprobarlo es acabar de llegar a Titán y ver qué ocurre allí.

—¿Va usted a cometer semejante locura, arriesgando las vidas de todos nosotros, Preston? —preguntó Grey.

—Es la única manera de saber si lo que ha dicho ese personaje es verdad o si hemos sido víctimas de una broma.

—¿Quién ha de tener interés en gastar semejantes bromas a mil quinientos millones de kilómetros de la Tierra?

—No puedo contestar a esta pregunta, Grey —dijo Preston—. Lo haré cuando hayamos aterrizado en Titán.

—¡No cuente conmigo para ir allí! —exclamó Grey, con resolución—. ¡Yo soy un hombre de ciencia, y no un guerrero! ¡Mi obligación no llega a tener que luchar contra una raza desconocida, que al parecer posee medios tan modernos como los nuestros!

—Grey —dijo el jefe de la expedición, con calma—, usted se ha comprometido a explorar los mundos más allá de Júpiter, en nombre del gobierno americano, y fuesen cuales fuesen los obstáculos que se pudieran encontrar. Nuestra misión, como físicos nucleares, es comprobar la radiactividad de dichos astros y las posibles reservas de uranio que haya en los mismos. El uranio, como principal elemento para la creación de energía atómica, es indispensable en nuestro mundo y las reservas que se poseen empiezan a escasear. Pues bien: la aparición de ese Ghar, rey de Titán o lo que sea, es uno de los obstáculos a los que usted se ha comprometido a hacer frente.

—Es distinto, Preston —quiso aún objetar Grey—. Si esa gente nos ataca…

—Llevamos armas y repeleremos la agresión, si es necesario —le interrumpió el jefe—. Hemos sido puestos bajo jurisdicción militar, y será tratado como desertor quien obstaculice el trabajo o trate de hacerse atrás. Yo, como jefe, doy orden de seguir adelante.

—¿No tiene usted en cuenta que su hija va con nosotros, Preston?

En vez de contestar Preston, fue su propia hija la que lo hizo.

—Mi padre me hizo ver anticipadamente los peligros a que me exponía —dijo—. A pesar de todo, insistí en que me llevara. No voy a ser yo la causa de que se tenga que retroceder ahora, señor Grey.

La joven habló con firmeza, dando a entender que había superado ya el miedo que causara en ella la extraña aparición. Grey, bajando la cabeza en ademán de sumisión, repuso:

—Está bien, me someto. No quiero estar en contra de todos ustedes.

—Se lo agradezco, Grey —dijo Preston—. Ahora, que cada uno de nosotros vuelva a su puesto, y Harrisson ya nos informará si ocurre algo anormal.

Gus Harrisson estaba ahora atento a la pantalla de radar. Un radar moderno, que no sólo acusaba los obstáculos, sino que los representaba en la pantalla como otro aparato cualquiera de televisión.

Y en el momento en que los tripulantes de la nave se iban a retirar, advirtió:

—¡Miren! ¡Otra nave que se dirige hacia nosotros!

De haber ocurrido aquello en el espacio sideral comprendido entre la Tierra y Marte, no hubiese tenido la menor importancia. Eran muchas las astronaves que cruzaban de una a otro planeta, y los encuentros en pleno viaje eran por lo tanto frecuentes. Pero allí, a la altura de Saturno y a una distancia de mil quinientos millones de kilómetros de la Tierra, distancia que sólo se podía salvar tras varios meses de navegación y mediante motores atómicos muy perfeccionados, el hecho resultaba excepcional. Excepcional y alarmante.

Todos fijaron su vista en la pantalla del radar, observando a aquella nave que se veía aún lejos, pero cuya dirección hacia ellos era evidente. Y no lo era menos su procedencia, si se tenía en cuenta que el satélite Titán estaba inmediatamente detrás y se veía relucir en la pantalla como una inmensa Luna, dominando su resplandor o el de todas las demás estrellas.

—Demasiado lejos para que se pueda precisar el modelo —opinó Fred Mortimer, el piloto.

—¿Y qué nos importa el modelo en estos momentos? —preguntó Dan Farrell—. Yo creo que lo interesante de verdad es ponernos a la defensiva, ya que las intenciones de esa nave son claramente de ataque.

—El modelo nos ayudaría a saber si la nave es terrestre o ha sido creada por… por esos tipos que nos han hablado hace poco.

—Mortimer tiene razón —intervino Grey—. Si fuera así, si fuera evidente que existe un reino de Titán habitado por hombres semejantes a nuestros antropoides, creo que entonces nadie se opondría a que emprendiésemos la retirada. En cualquier caso, la conquista de un planeta frente a la resistencia de sus moradores, es problema de militares y no de hombres de ciencia.

—En cualquier caso, nosotros representamos al gobierno americano y estamos obligados a dar un informe mucho más completo que el que se puede desprender de la vista de un homínido y de una astronave —replicó el jefe de la expedición—. Aún no sabemos cuáles son en realidad las intenciones de los tripulantes de esa nave. Intentaremos establecer contacto y darles a entender que nuestra misión es pacífica. ¡Pero si somos atacados, nos defenderemos! ¡Ésta es la orden que doy yo, señores! ¡Está de acuerdo con el compromiso que adquirieron todos ustedes al aceptar voluntariamente formar parte de la expedición!

Mientras discutían, los ojos de todos seguían fijos en la pantalla, observando el avance de la nave desconocida. La propia, bajo la dirección del piloto automático, no necesitaba controles y seguía a toda velocidad su marcha en línea recta que la acercaba cada vez más a Titán.

Y de pronto, Frank Collins exclamó:

—¡No es una nave sino dos las que se acercan! ¡Observen ustedes!

—¡Son tres! —rectificó Gus Harrisson, cuya pericia como observador superaba a la de sus compañeros—. ¡Miren la tercera! ¡Queda algo más atrás, pero ya empieza a precisarse!

—¡Una escuadrilla! —dijo Grey—. ¡Una escuadrilla de titanianos que viene a combatirnos! ¡Supongo que no vamos a cometer la locura de intentar una resistencia!

Sin embargo, empezaba a ser ya tarde para adoptar cualquier decisión que no fuese la forzada por las circunstancias. De la primera nave enemiga —ya podía calificarse así— brotó repentinamente un fulgor semejante al «flash» de una cámara fotográfica, y el torpedo, de regulares proporciones, fue captado como un punto negro por la pantalla del radar. Un punto negro que avanzaba a terrible velocidad hacia la nave de los terrícolas.

Dan Farrell soltó el brazo de Silvia, que seguía teniendo sujeto, y dirigiéndose al piloto, gritó:

—¡A los mandos, Mortimer! ¡A toda prisa! ¡Usted también, Collins!

Los dos aludidos se precipitaron a la cámara de control, para lo que no tuvieron más que dar unos pasos, pues estaba junto a la cabina

transmisora. A continuación, el militar se dirigió a Gus Harrisson:

—¡Déjeme puesto a su lado, Harrisson! ¡Voy a tomar la dirección del combate! ¡Estén atentos a mis indicaciones, Mortimer y Collins! ¡En cuanto a los demás, sólo he de rogarles que no hagan nada que pueda entorpecer la defensa!

—¡Lo mejor que podemos hacer es retirarnos! —opinó Harry Preston. Y cogiendo el brazo de su hija, repuso—: Vamos, Silvia. Estaremos mejor en la cámara de abajo. ¿Viene con nosotros, Grey?

Grey consideró improcedente negarse, y acompañó al jefe de la expedición y a su hija. En los controles no quedó más que los cuatro hombres que iban a tomar parte en la lucha, cada uno según el cargo que desempeñaba en la nave.

Dan no perdía de vista el torpedo soltado por la nave enemiga.

—Hemos de dejar que se aproxime hasta el máximo —dijo a Gus.

—¿No sería mejor desviarnos a tiempo de su trayectoria? —opinó, con franqueza, el operador.

—No, porque no sabemos si ese torpedo va dirigido por radio —contestó Dan—. Desviándonos en el último segundo, les impediremos que tengan ellos tiempo de rectificar.

Siguió observando la pantalla con atención. El punto negro se había hecho muy visible, y ahora su construcción fusiforme aparecía con toda claridad. Dan dejó que se acercara más. Gus estaba muy nervioso, y empezaba a creer ya que el choque era inevitable, cuando el teniente gritó:

—¡Viren a la derecha medio grado! ¡Pronto!

Mortimer, que estaba atento a la voz del militar, obedeció con la rapidez necesaria, y el torpedo pasó de largo, casi rozando el timón de cola de la nave, y perdiéndose en la inmensidad del espacio.

—¡Dos grados a la derecha! —gritó entonces Dan, orientándose por la señalización de la misma pantalla del radar.

Efectuada la maniobra, Gus advirtió que se hallaban en posición de poder ser ellos quienes disparasen ahora contra la primera de las naves titanianas. Fue a decírselo a Dan, cuando este ordenó:

—¡Mano al disparador de torpedos! ¡Atención! ¡Fuego!

Collins fue el encargado de efectuar el disparo. Ahora, a través del radar se vio la misma escena que antes, pero al revés. El torpedo que había brotado de la nave terrícola empezó a alejarse a toda velocidad, haciéndose cada vez más pequeño.

—Ellos pueden realizar la misma maniobra que nosotros, y el torpedo se perderá —comentó Gus.

—Cuento con ello —dijo Dan—. A esta distancia no es posible

cazar una nave con un solo torpedo, a menos que se tenga mucha suerte. Hay que sacrificar varios —y en voz más alta, para ser oído por los pilotos, repuso—: ¡Dos grados a la derecha! ¡Atención a los torpedos! ¡Fuego! ¡Cuatro grados a la izquierda! ¡Fuego! ¡Dos grados de alza! ¡Disparen otra vez!

Las maniobras iban siendo realizadas a medida que el teniente las indicaba. Los torpedos brotaban uno tras otro, a terrible velocidad, y la nave titaniana, pese a que maniobró al principio con pericia, fue finalmente alcanzada por uno de ellos. Se vio el enorme relámpago de la explosión, y segundos más tarde una ligera nube de humo era todo lo que quedaba de la nave y sus tripulantes.

—Hemos tenido que hacerlo —dijo Dan—. Son ellos los que nos han obligado.

—Pero nuestras reservas de torpedos son escasas —le hizo observar el operador—. Si hemos de emplear semejante derroche con cada una de las naves no tendremos suficientes.

No fue necesario tanto. Las otras dos naves, que se habían aproximado ya lo suficiente, habían disparado a su vez, confundiéndose su fuego con el gran relámpago de la explosión de la primera. Y habían empleado una táctica semejante a la de Dan, de modo que cuando este y Gus se dieron cuenta de la cantidad de torpedos que volaban a su encuentro, comprendieron al mismo tiempo que apenas si existía posibilidad de no ser alcanzados por alguno de ellos.

—¡Estamos perdidos, teniente! —gritó el operador—. ¡Mire qué granizada nos llega!

A pesar de todo, Dan quiso realizar un supremo esfuerzo para evitar la desintegración.

—¡Hacia abajo! —gritó—. ¡Todo lo que puedan y a toda prisa!

La nave se inclinó, dando la sensación de que todo se estaba derrumbando. En la pantalla del radar desapareció todo, a causa del brusco movimiento y, de pronto, se tuvo la sensación de un fuerte choque al tiempo que la nave, enderezándose, se estremecía en una tremenda sacudida.

—¡Tocados! —gritó el piloto—. ¡Hemos sido tocados!

—¡No es posible! —contestó Dan—. ¡Si nos hubieran tocado ahora no existiríamos ya! ¡Traten de dominar los controles!

—¡Obedecen mal! ¡Hay avería exterior, sin duda en el timón de cola!

La nave seguía moviéndose, como si derivara, agitada por un extraño huracán. Prueba evidente de que el timón de cola le había

sido arrancado por el disparo.

—¡Nos va a ser imposible navegar en estas condiciones! —repuso el piloto.

Harry Preston, su hija y Norman Grey habían vuelto a hacer acto de presencia, alarmados por lo que estaba sucediendo.

—¿Puede explicarnos, Farrell…? —empezó a decir el jefe de la expedición.

—Nos han arrancado el timón de cola con un disparo, señor Preston —dijo Dan—. Y hemos tenido suerte de que el proyectil no fuese atómico, pues de lo contrario estaríamos ya todos volatilizados. Por mi parte, he hecho lo imposible para evitar ser alcanzados.

—Y ahora han dejado de disparar —añadió Gus, que había recuperado el control del radar—. Por lo visto, sólo deseaban inmovilizarnos.

—Nosotros les hemos tenido que destrozar una nave —dijo Dan —. Lo siento, pero el carácter inicial que han dado ellos a la lucha nos ha obligado. Por otra parte, habíamos de elegir entre contestar a su fuego o rendirnos.

—De todos modos, nos hemos de rendir ahora, y en peores condiciones —intervino Grey—. ¿No hubiera sido mejor aceptar mi idea y dar marcha atrás? ¿Qué podemos hacer nosotros en la actual situación?

Dan se había levantado. La retirada que estaban iniciando las dos naves titanianas hacía innecesaria su permanencia en el puesto de observador, al mismo tiempo que contestaba a la pregunta de Grey. Sin embargo, el teniente precisó la situación.

—Lo único que podemos hacer es dejarnos llevar por la gravedad de Titán y aterrizar allí en las mejores condiciones posibles.

—Disponemos de un timón de recambio —dijo el piloto, que había vuelto a abandonar los controles—. En Titán lo podremos colocar.

—Si nos dejan —objetó Grey—. No creo que nos hayan obligado a aterrizar en su mundo para dejarnos marchar luego con tranquilidad.

—En cualquier caso —repuso Dan—, tenemos ventajas sobre ellos. Ya les he dicho que sus torpedos eran meramente explosivos. Esto nos permite suponer que desconocen la energía atómica, mientras que nosotros poseemos armas de este tipo. Nos podremos defender mejor.

—Y como no podemos elegir ya, rectos hacia Titán, señores —concluyó Preston—. Es inútil seguir discutiendo. Vamos a prepararnos

para aterrizar lo mejor posible.

La maniobra no había de ser fácil dado el estado en que había quedado la nave. Sin embargo, la pericia de Fred Mortimer y su ayudante Frank Collins logró superar todas las dificultades. Mientras la nave corría aún en línea recta hacia Titán —en línea recta, pero dando constantes bandazos—, ellos pasaron a los controles y procuraron atenuar hasta el máximo los golpes. Por fin, Mortimer avisó:

—¡Hemos entrado ya en órbita! ¡Desde ahora somos un satélite de Titán!

Faltaba sólo llegar a la superficie del pequeño astro. Era la etapa más difícil del aterrizaje, pues al abandonar la órbita del satélite para colocarse directamente bajo la atracción de su gravedad, faltando el timón de cola, existía la posibilidad de una caída incontrolada que no pudieran mitigar los motores de atenuación.

Todos estaban atentos al trabajo que realizaban los dos pilotos, aunque sin estorbarles. Sin embargo, Harry Preston no pudo menos que dejarse llevar por la curiosidad, mientras descendían, y a través de los gruesos cristales protectores de la cabina de mandos, observó directamente el mundo que iban a visitar si la suerte les era propicia.

Había bastantes nubes, cosa nada extraordinaria tratándose de una atmósfera semejante a la terrestre. Por debajo de ellas pudo apreciar montañas y enormes manchas verdes que denunciaban una densa vegetación. No era posible distinguir las especies de los árboles, pero Preston tuvo la sensación de que eran altísimos y pertenecían a los grandes helechos de la Era Terciaria.

Nada dijo de momento a sus compañeros referente a sus observaciones. Pero cuando la nave estaba ya relativamente baja, mientras los motores atenuaban al máxime la velocidad de descenso, no pudo reprimir una exclamación:

—¡Miren! ¡Un reptil volador! ¡Un animal parecido al pterodáctilo, que en la Tierra sólo conocemos en estado fósil!

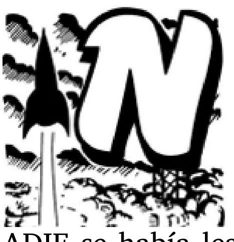
Todos se precipitaron a mirar, salvo los dos pilotos que seguían atentos a la maniobra. Y entonces tuvo lugar la segunda sorpresa. Abajo, en la superficie, había un pequeño lago rodeado de densa vegetación, y en el que iban a desembocar dos o tres riachuelos. Pero la sorpresa no estaba en esto; lo que tan poderosamente llamaba la atención de todos era que en el centro del lago, sobre sólidas estacas, había un conjunto de habitaciones construidas de madera y ramas. Unas canoas construidas al parecer de troncos ahuecados, facilitaban el traslado a la orilla de los habitantes de aquellas casas.

—¡Una ciudad lacustre! —gritaron todos, al unísono.

Fue una visión muy rápida, que no permitió apreciar detalles. La nave seguía descendiendo, y los desniveles del terreno hicieron desaparecer de la vista el lago y la ciudad. Y luego, un golpe seco contra el suelo que los derribó a todos, dio a entender que el aterrizaje se había producido.

Ahora, a través de los cristales, sólo se veían los gruesos troncos y ramas de los helechos, en un bosque de los cuales había ido a caer la nave. Habían llegado a la superficie del satélite Titán, uno de los diez que posee Saturno.

CAPÍTULO II



ADIE se había lesionado a consecuencia de la caída. Y una vez todos nuevamente en pie, Harry Preston, como jefe de la expedición, empezó a tomar disposiciones:

—Todo hace suponer que la atmósfera de este astro es igual que la de la Tierra. Por lo tanto, podremos prescindir de las escafandras. Pero no, desgraciadamente, de las armas. Nos llevaremos las pistolas atómicas, aunque no haremos uso de ellas a menos que nos veamos en un peligro de verdad.

—¿Supone que esa gente va a simpatizar con nosotros, Preston? —preguntó Grey—. Sobre todo, después de haberles volatilizado una de sus naves...

—Tuvimos que disparar en defensa propia, Grey —se justificó Dan Farrell—. No crea usted que yo me divierto probando la eficacia de nuestros torpedos atómicos.

Pero Harry Preston cortó la discusión que iba a iniciarse.

—Hay una cosa que no me explico, señores —dijo—: ¿Cómo es posible que esa gente, de aspecto tan primitivo y que, como hemos visto, viven también en un ambiente tan primitivo, posean en cambio modernísimas astronaves?

La pregunta, desde luego, era de difícil contestación. Silvia la contestó con otra.

—¿Supones que los tripulantes de las naves no eran seres de la misma raza del que vimos en la pantalla, papá?

—Los interrogantes podrían multiplicarse, hija mía —contestó el sabio—. Pero, por desgracia, de momento han de quedar todos sin respuesta.

—No obstante —dijo Grey—, es evidente que si vimos a aquel ser que se dio el nombre de Ghar, rey de Titán, fue porque tenía delante un aparato transmisor.

—Sí, Grey —contestó Preston—; de esto no me cabe la menor duda, y constituye otro de los misterios del astro en que nos encontramos, tan semejante al nuestro en su constitución. Y esto sugiere aún otra pregunta: ¿Por qué a tanta distancia de la Tierra

existe un astro que tanto se le parece, cuando son tan distintos a ella los más próximos?

—¡Hum! —hizo Grey—. No creo que toda nuestra ciencia sea capaz de averiguar tal cosa.

—Bien —dijo Dan, a quién las discusiones científicas no entusiasmaban demasiado—; ¿qué les parece si nos diéramos una vuelta por esos contornos? Mientras, Mortimer, Collins y Harrisson podrían dedicarse a arreglar la nave, si es que existe posibilidad de ello.

—Y si no existe —añadió Gus, que gustaba de tomarse las cosas por el lado cómico—, ya me veo pasando el resto de mis días en una cabaña sobre un lago, mientras me alimento de carne de pterodáctilo. No sé si será muy sabrosa.

Pero nadie estaba con ánimos de reír el chiste. Los siete terrícolas tomaron las pistolas atómicas, y una vez abiertas las compuertas y comprobado que el aire exterior era respirable, abandonaron la nave.

Se encontraron en un pequeño claro al parecer en el centro de un bosque, cuyos árboles eran helechos de distintas especies, con ligeras variantes de los helechos fósiles de la Tierra, que tan provechosos habían sido en los tiempos anteriores a la energía atómica por constituir las grandes reservas de carbón.

—El aire es perfectamente respirable —hizo notar Preston—. Sospecho que ligeramente más cargado de ácido carbónico que el de la Tierra, pero la leve diferencia no perjudicará a nuestros organismos.

—A mí me interesaría saber si estamos muy lejos de aquella ciudad lacustre —dijo Dan—. Mi mayor deseo es hacerle una visita y ponerme en contacto con sus habitantes.

—Supongo que para ello hemos de salir antes de este bosque —contestó el jefe—. Después de todo, ha sido una suerte venir a parar aquí cuando no podíamos elegir el lugar del aterrizaje. La espesura del bosque y la altura de los árboles impedirán la localización de nuestra nave.

Se habían puesto en marcha, adoptando las debidas precauciones. Los dos pilotos y el operador no participaban en aquella exploración inicial, pues aparte de que alguien había de quedar en la nave para protegerla, se habían de dedicar al trabajo de reparación si ello era posible. Se había comprobado ya que el único daño sufrido estaba en el timón, que se había de sustituir, y Fred Mortimer había afirmado que la cosa no ofrecía excesivas dificultades.

Por tanto, Preston, Silvia, Grey y Dan, provistos de sus pistolas atómicas, se internaron en la espesura en busca de una salida que les permitiera orientarse en aquel mundo desconocido.

—Necesitamos buscar una altura —dijo Dan—. Desde ella observaremos el panorama inmediato, en muchos kilómetros a la redonda, y es posible que localicemos aquel poblado o cualquier otro en el agua o en tierra firme.

—Parece que tiene usted mucho interés en caer en manos de esos gorilas, Farrell —contestó Grey.

—En absoluto, pero deseo establecer contacto con ellos —contestó el joven—. Como comprenderá, la cosa es muy distinta.

De nuevo iba a ponerse de manifiesto la rivalidad que existía entre ambos. La rivalidad de la que era causa Silvia, pues Grey, pese a sus cuarenta años cumplidos, se había manifestado como pretendiente de la muchacha y le costaba digerir la marcada preferencia que esta había dado al joven militar.

Pero esta vez no fue el padre de Silvia quien cortó la discusión que iba a iniciarse. No pudo hacerlo, porque un inesperado peligro se le anticipó en aquel mismo momento. Todos pudieron oír cómo la maleza era removida con violencia, al tiempo que se iniciaba un extraño aullido que, siempre en diapasón creciente, acabó adquiriendo proporciones terroríficas. ¡No estaban solos allí! ¡En la selva, a muy poca distancia, había otros seres que se estaban acercando por momentos!

—¡Los salvajes! —gritó Silvia, llena de pánico.

Por instinto, todos dieron frente al lugar de donde procedía el ruido, con las pistolas atómicas preparadas.

—¡Colócate detrás de mí, Silvia! —dijo Dan.

—¡Por favor, no disparen sin apurar antes la posibilidad de establecer relaciones con ellos, por remota que sea! —rogó Harry Preston—. ¡Sólo atacaremos si es absolutamente imprescindible!

El rumor seguía, cada vez más fuerte, como si toda la maleza situada al lado donde ahora miraban los expedicionarios fuese removido por centenares de pies. Mejor identificado ahora, se precisaba como un rumor de lucha, y no de un avance en masa hacia ellos. Allí, entre la maleza, se estaba combatiendo, aunque los terrestres no sabían aún quiénes eran los contrincantes. Y el terrible aullido se reprodujo, disolviéndose luego en un ronquido largo y horripilante.

—¡Esto no puede ser emitido por gargantas humanas, por muy primitivas que sean! —exclamó Dan.

Ahora, pasada la sorpresa del primer momento, todo se podía precisar mejor. No eran hombres sino fieras los que luchaban. Las enormes fieras primitivas que habitaban aquel extraño mundo, y de las cuales hasta el momento los expedicionarios sólo habían podido

ver a un antediluviano pterodáctilo. La serenidad se había restablecido por completo, y el jefe de la expedición dio la orden:

—Avancemos con cuidado, y tratemos de descubrir la verdad. ¡Adelante!

El ruido era suficiente para orientarles. Apartando la maleza con cuidado y procurando no causar ellos el menor ruido, los tres hombres y la muchacha se fueron acercando al lugar de combate. Y, por fin, lo vieron todo. Silvia tuvo que hacer un gran esfuerzo para no soltar un grito de miedo, mientras Dan le cogía una muñeca apretándosela con fuerza para imponerle silencio.

Allí a muy pocos pasos de donde estaban, combatían dos monstruosas fieras. Un reptil, un enorme saurio que hubiera podido tomarse por un pitón gigantesco a no ser por seis pares de patas muy cortas que terminaban en enormes garras, luchaba con un tigre de tamaño por lo menos doble a los de la Tierra, provisto, además, de dos grandes colmillos en su mandíbula superior, que descendían ligeramente curvados hacia adentro, quedando fuera de la boca al cerrarse esta, y que daban al feroz animal un aspecto más monstruoso aún.

—¡Un tigre de las cavernas luchando contra un reptil prehistórico! —dijo Grey—. Esto pertenece a los principios del Cuaternario. Sin embargo, antes hemos visto un pterodáctilo, y estos mismos árboles gigantescos, que no pueden pasar del Terciario. Aparte de que contemporáneos suyos tenemos a los hombres-mono... Aquí hay una gran mezcla de épocas geológicas...

Había hablado sin apartar sus ojos de las dos fieras, lo mismo que sus compañeros. Preston, también sin dejar de observar el combate, le contestó:

—Debe tener usted en cuenta que no es forzoso que Titán haya seguido la misma evolución que la Tierra. En nuestro planeta, determinadas causas que pueden no haberse producido aquí eliminaron a los grandes saurios antes de la aparición de los mamíferos gigantescos y del mismo hombre. Pero no es necesario que aquí también...

Se interrumpió, al ver lo que estaba sucediendo en aquel momento. El reptil había intentado en vano enroscarse en el cuerpo de su enemigo; el feroz tigre de las cavernas había sabido evitar en todo momento los mortales anillos, y aunque de su cuerpo manaba sangre a consecuencia de algunos zarpazos del saurio, había podido por fin hundirle en el cuello sus grandes colmillos, que lo traspasaron como dos lanzas. Ahora, el saurio, todavía clavado en los colmillos del tigre de las cavernas y mientras éste desgarraba su cuerpo sin piedad, se estaba debatiendo en los estertores de la agonía, soltando terribles

coletazos.

De hecho, la lucha había terminado ya, aunque la furia del vencedor no había decaído. Era quizá el momento más peligroso, pues los afinados sentidos de la fiera podían captar la proximidad de los seres humanos ahora que no precisaba de toda su atención para defenderse del expirante reptil.

Y así ocurrió. Casi al mismo tiempo que Harry Preston daba orden de retroceder, para alejarse de allí, el tigre miró en su dirección y, desprendiéndose de un par de zarpazos del cuerpo de su enemigo, dio un enorme salto que lo situó casi delante mismo de los terrestres, al tiempo que dejaba escapar otro de sus formidables gritos de guerra.

Silvia dio unos pasos atrás, asustada y sin poder ya contener sus gritos de pánico. Preston y Grey retrocedieron también, sin demasiada tranquilidad en sus cuerpos, dejando solo a Dan, casi frente a frente con la fiera.

Todo sucedió en fracciones de segundo. El tigre de las cavernas había dado su primer salto; se agazapó, para dar el segundo, llegó a iniciarlo incluso, pero no lo pudo terminar porque Dan lo cazó en el aire. El joven no se había dejado impresionar. Su pistola atómica actuó a tiempo y certeramente, y la enorme fiera quedó a mitad del salto, convertida en una nubecilla de humo, como si un hábil prestidigitador la hubiera hecho desaparecer misteriosamente de la escena.

—Ha sido una verdadera lástima —comentó el teniente, procurando levantar los decaídos ánimos—. Hubiera sido un magnífico ejemplar para exhibirlo en la Tierra. Pero yo no llevo más arma que mi pistola atómica.

—Es de esperar que encontremos otros —murmuró Preston, recobrando el aliento—. Por desgracia, en este astro, luchas como la que hemos presenciado deben de producirse con frecuencia.

—Nos podríamos llevar el reptil —sugirió Grey—. Cierto que está bastante destrozado, pero...

—Yo creo que es más conveniente proseguir nuestra marcha, como habíamos planeado al principio —le interrumpió el jefe de la expedición—. No hemos venido aquí a cazar, es conveniente recordarlo.

Grey se encogió de hombros, y se dispuso a continuar la marcha junto con los demás, cuando un nuevo incidente volvió a interrumpirla.

Fue esta vez algo parecido a la explosión de una granada. Un estampido no demasiado fuerte, pero que se pudo captar con claridad a causa de su diferencia con los mil ruidos que surgían de aquella

primitiva selva.

—¿Han oído ustedes? —preguntó Grey, aunque la respuesta era obvia.

Preston señaló la dirección con el brazo.

—¡Ha sido allí —gritó—. ¡Donde hemos dejado la nave! ¡Nuestros compañeros están siendo atacados!

No fue necesario decir más para que se cambiara de rumbo. Los cuatro echaron a correr, hacia el lugar que había sido su punto de partida, aunque procurando Dan y Silvia, que eran más jóvenes, acompasar en lo posible su velocidad a la de sus dos compañeros.

De lejos, a través de los árboles, vieron el claro y la astronave averiada que habían dejado allí. Pero no distinguieron, en cambio, ningún ser viviente ni, por lo tanto, el menor vestigio de lucha.

—Quizá nos hemos equivocado y la explosión ha tenido lugar en otra parte —dijo Grey, mientras se acababan de acercar.

Pero Dan señaló una tenue nube de humo que se estaba acabando de disipar.

—Ha sido aquí —dijo—. Miren, aún se puede ver el humo. Quizá nuestros compañeros se han refugiado en la nave.

—Entonces, los atacantes… —empezó a decir Grey.

—Pueden estar ocultos en el bosque, y hasta quizá nos ven ya —replicó Preston—. Hemos de redoblar las precauciones.

—Quizá será mejor que no nos movamos de aquí hasta ver qué sucede —volvió a decir Dan—. Si nos descubrimos a través del claro para dirigirnos a la nave podemos ser obsequiados con otro explosivo.

Harry Preston estaba examinando el terreno en todo el espacio del claro.

—Lo curioso —dijo, por fin—, es que no se ve el lugar de la explosión, pese a que los restos de humo nos orientan. Lo natural sería que el suelo estuviese removido…

—Tiene usted razón, profesor —corroboró Dan, añadiendo luego—: No obstante, cabe la posibilidad de que el artefacto haya estallado en el aire. En este caso, no veríamos huellas en el suelo.

Siguió un largo silencio, que no rompió ninguno de los cuatro, entregados todos a sus pensamientos y atentos, además, a lo que pudiera ocurrir en las inmediaciones de la nave. Las armas estaban prontas a entrar en acción, pero no tuvieron necesidad de ello porque durante un largo cuarto de hora no se vio absolutamente a nadie.

Aquella inmovilidad estaba produciendo a todos, y especialmente a Dan, un nerviosismo que no le hubiera ocasionado la acción más dinámica y peligrosa. Por fin, no pudiendo contenerse más, dijo a sus

compañeros:

—Yo no puedo seguir así. Necesito saber qué ha sido de los tres muchachos. Si estuvieran en la nave habrían dado ya señales de, vida.

—Pero es peligroso cruzar el claro —hizo notar Grey—. Aquí, seguramente, no somos vistos. Pero si nos descubrimos...

—¡Que cada cual haga lo que considere conveniente! —repuso el joven—. ¡Yo voy a ver qué ha pasado allí!

Y sin preocuparse de si era seguido o no, emprendió la carrera a través del claro, en dirección a la nave. A pocos pasos detrás de él oyó las voces de sus compañeros, lo cual indicaba que también habían decidido seguirle. No tuvieron ningún encuentro ni fueron objeto de ningún ataque hasta llegar al pie de la nave. Allí, Dan señaló el timón de repuesto, en el suelo, junto con algunas herramientas abandonadas, todo lo cual indicaba quedos los pilotos y el telegrafista habían empezado su trabajo, aunque se habían visto obligados a interrumpirlo bruscamente por algo que en aquellos momentos no podían saber. Sin duda, a causa de la explosión y sus consecuencias, desde luego.

—¡Han desaparecido! —dijo Dan, volviéndose hacia sus compañeros—. ¡Echaré por puro formulismo un vistazo al interior de la nave, pero tengo la completa seguridad de que no están en ella! Luego buscaremos la manera de localizarlos. ¡No los podemos abandonar!

—Lo raro es que no se ven huellas de lucha —comentó Preston.

—Cabe la posibilidad de que hayan huido hacia la espesura al oír la explosión —añadió Grey—. En tal caso, si oyen nuestras voces darán señales de vida.

Dan había empezado ya a subir la escalerilla de acceso a la compuerta de la nave. Aunque lo estaba haciendo lo más rápido posible, procuraba, al tiempo que subía, observar en torno por si localizaba algún movimiento sospechoso entre los árboles cercanos.

Y de pronto, cuando iba a meterse ya en el interior, se dio cuenta del peligro. A su derecha, tras los árboles más próximos al claro, descubrió un grupo de seres cuyas características eran semejantes a las del famoso rey Ghar, de Titán, que les había hablado a través de la televisión antes de desembarcar en el satélite. ¡Ocho o diez hombres-mono, con sus cuerpos velludos y sin más ropaje que un corto pantalón o «short», estaban acechando a los terrestres!

Dan advirtió también que empuñaban armas, pero no pudo precisar cómo eran. Rápidamente, desde arriba, gritó:

—¡Suban! ¡No pierdan tiempo! ¡El enemigo está cerca! ¡Yo les protegeré desde aquí!

Y se dispuso a iniciar el fuego con su pistola atómica. Lamentaba tenerlo que hacer, pero no tenía más remedio si quería salvar las vidas de sus compañeros. En cuanto los hombres-mono pusieran los pies en el interior del claro, la pistola atómica de Dan entraría en acción.

Pero no vio que ellos se dispusieran a hacerlo. Mientras, Silvia había iniciado ya el ascenso, la primera, hacia la compuerta de la nave. Pero se hallaba apenas en el tercer travesaño, cuando algo silbó en el aire, y al momento se escuchó una fuerte explosión, a la vez que una densa nube de humo blanco lo envolvía todo.

¡Otra vez el ataque! El humo no llegaba a la altura de Dan, pero en cambio le impedía ver lo que estaba sucediendo a sus pies. No podía saber qué les había ocurrido a sus compañeros, aunque temió lo peor. Oyó un griterío, al tiempo que el humo empezaba a disiparse, y entre él pudo ya distinguir a los hombres-mono que se acercaban al pie de la nave a toda prisa.

Pero ya no podía disparar. Si lo hacía, quedaba expuesto a desintegrar a sus propios compañeros, en el supuesto de que hubiesen sobrevivido a la explosión. Los hombres-mono estaban demostrando bastante más capacidad estratégica de lo que hacía suponer su apariencia primitiva.

Sólo podía hacer una cosa, y la hizo. Descender a toda prisa, para atacar a sus enemigos cara a cara, evitando así el daño a sus compañeros. Y para ir más prisa aún, Dan se lanzó desde lo alto de la escalera. Eran casi diez metros, pero se había de tener en cuenta la escasa gravedad de Titán, que permitía efectuar sin peligro saltos mucho mayores que si se dieran en la superficie de la Tierra.

El humo se había disipado ya en gran parte, y el joven teniente pudo tener una idea más clara de la situación. Observó en primer lugar que los hombres-mono empuñaban armas atómicas. Y que llevaban puestas unas mascarillas que les cubrían parte del rostro —la nariz y la boca— para permitirles una respiración artificial.

¡Entonces lo comprendió todo! Supo por qué los dos pilotos y el operador habían desaparecido sin dejar rastro, y por qué no se veían huellas de lucha sobre el terreno. ¡Aquel explosivo era de gases nocivos, venenosos o simplemente soporíferos, de acción muy rápida, de modo que al respirarlos se perdía por completo la noción de las cosas!

Dan mismo, pese a que la atmósfera estaba ya bastante clara, empezó a sentir síntomas alarmantes de desvanecimiento, aunque tuvo la suficiente clarividencia para emprender la carrera hacia un lado de la nube de gas, saliendo rápidamente de la zona peligrosa.

Una voz gritó a sus espaldas:

—¡Corra, Farrell! ¡Antes de que sea tarde y quede usted también tendido aquí!

Era Grey, que había alcanzado ya el lindero del claro y volvía a estar a cubierto entre los árboles. Por lo tanto, al pie de la nave no habían quedado más que el profesor Preston y su hija. Y Dan, volviéndose, pudo ver cómo los hombres-mono de Titán los estaban recogiendo del suelo, sin duda para llevárselos, como debían de haber hecho antes con los otros tres terrestres.

Entonces el joven se detuvo en seco.

—¡No vamos a permitir esto, Grey! —gritó—. ¡No sea usted cobarde y venga a defender al profesor y a Silvia!

—¡Si no quedamos sin sentido por efecto de los gases, seremos atomizados por sus armas! —contestó Grey, desde su refugio—. ¡En ningún caso seremos útiles a nuestros compañeros!

Dan, sin embargo, no le escuchaba ya. Como solía hacer el joven cuando se disponía a emprender la acción, emprendió de nuevo la carrera hacia atrás sin cuidarse de comprobar si era o no secundado.

Las armas atómicas no eran un peligro en la lucha cuerpo a cuerpo, pues como en tal situación lo mismo podían alcanzar a propios que a enemigos, los combatientes se abstenían de emplearlas.

Y Dan se vio metido entre el grupo de hombres-mono antes de que estos tuvieran tiempo de tomar ninguna medida preventiva.

Y entonces empezó a emplear su pistola a modo de maza, golpeando a diestro y siniestro, para obligar a sus simiescos enemigos a que soltaran sus presas.

—¡Si entendéis el inglés como vuestro rey Ghar, ya sabéis lo que quiero de vosotros! —gritó—. ¡Soltad al profesor y a su hija!

Pese a que Dan era alto, los hombres-mono le superaban casi en una cabeza, aunque ello no fue obstáculo para que el joven teniente se amedrentara, lo mismo que no lo había sido la superioridad numérica de los titanianos.

Éstos, por otra parte, no parecían tener deseos de luchar. Se habían apoderado de los dos cuerpos desvanecidos, y sólo se preocupaban ya de emprender la fuga, sin que los golpes de Dan, que les seguía en su carrera, pareciesen causarles excesivo daño.

—¡Soltad al profesor Preston! ¡Soltad a Silvia! —seguía gritando Dan—. ¡Hacedme caso, simios, o de lo centrarlo os convertiré a todos en nubes de humo!

En aquel momento, el joven oyó la lejana voz de Grey, que gritaba:

—¡Échese al suelo, Farrell! ¡Voy a abrir fuego!

—¡Rayos! ¡No haga usted tonterías! —contestó el joven—. ¡Puede poner en peligro las vidas de Preston y su hija!

—¡No se preocupe! ¡Apunto a los que no los llevan!

Dan supo que Grey había apretado el gatillo al ver que uno de los titanianos se convertía de pronto en una nube de humo. Y a aquel siguió otro. Grey, movido sin duda por el pánico, se había lanzado a la matanza y nada le haría deponer su actitud. Eran los nervios los que dominaban en su persona en aquel momento.

Hubo unos instantes de desconcierto en los titanianos, que se detuvieron en su carrera, dispuestos sin duda a repeler la agresión. Dan lo aprovechó para saltar sobre el hombre-mono que llevaba a Silvia sobre sus hombros, y al tiempo que los tres —él, Silvia y el titaniano— rodaban por el suelo, pudo aún el teniente ver cómo uno de los enormes helechos se volatilizaba a causa de la réplica de los hombres-mono al fuego de Grey.

Luego no estuvo para enterarse de más cosas, pues toda su atención tuvo que centrarse en el enemigo al que había derribado. Fue una lucha breve pero intensa, en la que Dan comprendió desde el principio que si su corpulento enemigo conseguía colocar un solo golpe, su carrera y su vida era más que probable que terminasen allí. Por lo tanto, el joven tuvo que poner desde el primer momento gran cuidado de no ser alcanzado por los puños del velludo titaniano.

Los dos se habían levantado casi al mismo tiempo, mientras Silvia, sumida aún en la inconsciencia, quedaba tendida en el suelo a su lado. Ambos, por instinto, habían recogido sus pistolas atómicas para emplearlas a modo de mazas. Y Dan advirtió inmediatamente que el titaniano era muy ducho en este ejercicio, prueba evidente de que había pasado gran parte de su vida manejando enormes porras. Mucho más tiempo que manejando armas modernísimas.

¿Qué significaba, pues, todo aquello? ¿Cómo se explicaba aquel extraño contraste de los hombres-mono con mentalidad prehistórica, pero provistos, en cambio, según había podido ver, de modernas astronaves y de armas atómicas?

El momento no era el más indicado para pensar ni para buscar soluciones a ningún enigma que no fuese el de la propia defensa. El titaniano había movido su improvisada maza con singular maestría, y si Dan no se hubiese lanzado a tiempo al suelo su cabeza hubiera sido rota en mil pedazos a causa del golpe.

El joven cayó al suelo y se volvió a levantar enseguida, como si hubiera chocado contra un muelle. Era siempre la menor gravedad de Titán con respecto a la Tierra lo que facilitaba la ligereza de movimientos. Pero el hombre-mono se había movido también

rápidamente, y el segundo mazazo, rozándole la sien, le dio sobre el hombro izquierdo y le volvió a arrojar al suelo.

Esta vez, el joven teniente no pudo levantarse con la presteza de la anterior a causa de lo mucho que le dolía el hombro golpeado. Su enemigo lo aprovechó para acercarse más, y alzando la improvisada maza e inclinándose al mismo tiempo sobre el cuerpo de Dan, se dispuso a descargar el golpe definitivo.

Pero Dan no había perdido el conocimiento al caer. Vio el peligro, el terrible peligro que se acercaba, y se dispuso a conjurarlo de la mejor manera que le fuese posible. En el suelo, de espaldas, tal como había caído, encogió, juntas, ambas piernas y las volvió a distender como si fuesen un muelle, dando así de plano y con toda violencia en el estómago del hombre-mono, el cual fue empujado varios pasos hacia atrás.

Fue un segundo que el joven terrícola aprovechó para ponerse en pie. Y al tiempo que lo hacía, el titaniano, desde donde estaba, lanzó la pistola atómica con toda su fuerza contra Dan, con el nada caritativo propósito de destrozarle la cabeza.

De haber sido el arma una de las mazas o porras usadas normalmente, por los hombres-mono, el instrumento hubiera sin duda alcanzado su objetivo, o sea la cabeza de Dan. Pero la falta de costumbre de lanzar pistolas atómicas contra la gente le hizo calcular mal al titaniano el efecto que le había de dar, y el arma pasó silbando por encima de la cabeza del joven.

Dan, que ya se había visto perdido, soltó una pequeña exclamación de júbilo, al tiempo que se lanzaba contra el hombre-mono desarmado.

No era momento de falsos sentimentalismos ni tener en cuenta que el enemigo estaba desarmado y no se había de aprovechar la ventaja. El titaniano sin duda desconocía el concepto del honor —por lo que no estaba capacitado para comprenderlo en los demás—, y, por otra parte, por encima de todo, Dan quería acabar de una vez aquella desagradable lucha.

Avanzó, por lo tanto, hacia el hombro-mono, y aunque éste se esforzó por coger a Dan entre sus brazos para estrangularse entre ellos, el joven consiguió zafarse del mortal abrazo, al tiempo que administraba dos tremendos culatazos sobre el cráneo del gigante.

Aquello fue el fin de la lucha. El hombre-mono quiso sostenerse aún, pero le fue imposible; dio unos pasos en falso, tratando de acercarse a Dan con los brazos abiertos, pero los pies le empezaron a fallar y acabó desplomándose pesadamente al suelo.

Fue entonces cuando el teniente se dio cuenta de que los demás

titanianos habían desaparecido.

Y con ellos, el profesor Preston, jefe de aquella expedición. Sobre el campo de batalla no quedaban más que Silvia y el titaniano que había luchado con Dan, ambos desvanecidos.

El joven no se entretuvo demasiado tiempo en pensar. Cogió a la muchacha y se disponía a dirigirse hacia la astronave, cuando se dejó oír sobre su cabeza el característico silbido de una granada, y casi al mismo tiempo sonó la detonación.

¡Otra granada de gas! Dan no tenía mascarilla protectora. Para Silvia la cosa no tenía ya importancia, pues seguía desvanecida, pero para él, sí, pues no estaba dispuesto a caer en manos de sus enemigos. Sin embargo, por instinto había adoptado una precaución. Al oír silbar la granada intuyó que era de gas, como la otra, y automáticamente contuvo la respiración. Fue una suerte, pues a la primera bocanada de gas respirada hubiese caído al suelo sin sentido.

Sabía que en aquella actitud podría resistir escasamente un minuto, pero un minuto es mucho tiempo cuando se sabe aprovechar. Siempre llevando a Silvia en brazos, corrió hacia la astronave y empezó a subir la escalera, esperando verse pronto fuera del alcance de la blancuzca y soporífera nube.

Lo consiguió cuando no podía ya más y le parecía que iban a estallar su cabeza y su pecho. Estaba ya casi a mitad de altura entre el suelo y la compuerta de la nave, y la expansión del gas llegaba allí con tan tenues efectos que no tenía fuerza suficiente para adormecer a nadie.

Respiró entonces a pleno pulmón, sin cesar en su ascenso, y llegaba ya a la compuerta cuando oyó una voz bajo sus pies:

—Veo que ha empleado usted el mismo procedimiento que yo, Farrell. Cerrar nariz y boca, y lanzarse a toda prisa fuera de los efectos nocivos del gas.

Era la voz de Norton Grey. Dan pudo verlo más abajo, subiendo también a toda prisa por la escalerilla. Hasta el momento, eran Grey, Silvia y él los únicos supervivientes de la expedición, o por lo menos los únicos que no habían caído en poder de los hombres monos.

Y entonces una terrible sospecha cruzó por la mente del joven militar. Fue como una ráfaga de luz, un destello, que aparecía inesperadamente en la negrura de tantos misterios y tantas cosas incomprensibles.

Para Dan, después de lo que había visto, era evidente que los hombres-mono de Titán habían vivido en un ambiente absolutamente primitivo hasta hacía, muy poco; quizá media docena de años. A partir de entonces, alguien les había adiestrado en el manejo de armas

modernas —que, a pesar de todo, empleaban con torpeza—, y de naves espaciales, así como les habían instruido en la lengua inglesa.

Y no había más que una explicación posible. Hombres verdaderos, habitantes de la Tierra, habían llegado a Titán antes que la expedición oficial capitaneada por Harry Preston, y se habían propuesto emplear a los hombres-mono para determinados fines, dándoles para ello la instrucción conveniente.

¿Quiénes podían ser esos hombres? Dan no lo sabía, desde luego, pero la sospecha había hecho ya mella en él. Dejó a Silvia desvanecida aún sobre uno de los camastros, y fue al encuentro de Grey, que había penetrado también en la nave.

—Parece ser que no quedamos más hombres que usted y yo, Farrell —dijo Grey, tratando de sonreír—. Es curioso, ¿no?

—Muy curioso, Grey —contestó Dan—. Tan curioso como que usted ha escapado a los efectos letales del gas, cuando Preston y Silvia sucumbían a ellos. ¡Vamos a hablar muy seriamente los dos, profesor Grey!

Y la diestra del joven cayó pesadamente sobre el hombro de su compañero de expedición, que se había puesto muy pálido. Sospechosamente pálido, según apreció Dan.

CAPÍTULO III



SPERO que me haya entendido, Grey — repuso el joven, sin soltarle—. Necesito una explicación, y que sea satisfactoria. De lo cual dudo.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Se atreve a amenazarme? —contestó el profesor Grey, cuya palidez iba en aumento—. ¡Suélteme inmediatamente!

Quiso tener un gesto viril. De un movimiento brusco se desprendió del teniente y, pensando sorprenderle, alzó el puño con rapidez buscando la mandíbula del joven.

Lo consiguió sólo en parte. El golpe llegó atenuado, pues Dan en el último momento movió la cabeza hacia atrás, evitando recibir de pleno el puñetazo. Pero su réplica fue fulminante. Antes de que Grey hubiera tenido tiempo de recuperar la guardia, la diestra cerrada de Dan chocó contra su cara, haciéndole dar tres o cuatro pasos atrás, muy rápidos, hasta que le detuvo uno de los mamparos de la nave.

Grey comprendió entonces —si antes había tenido alguna duda— que no estaba en condiciones para enfrentarse con su joven rival. Éste dio otro paso adelante, amenazador, y repitió su frase de antes:

—¡Quiero saber cómo ha podido escapar a los electos letales del gas, Grey!

—Pues... ¿qué quiere que le diga? —balbució el otro—. Yo estaba más apartado del centro de la explosión que Silvia y su padre. Tal vez mi reacción mental fue también más rápida que la de ellos. No sé cómo decírselo. Sólo puedo constatar los hechos, y éstos fueron que al intuir el peligro eché a correr con todas mis fuerzas fuera de la acción

de la nube. Por otra parte, se trata de un gas tan denso que tarda mucho en expansionarse, y esto permite…

—Ahorre detalles técnicos, Grey; yo soy militar y no científico. Y añadiré, con franqueza, que la Ciencia no ha sido nunca mi debilidad. Pero hay otras cosas que le hacen sospechoso.

—Sospechoso ¿de qué? No le comprendo. Supongo que no dirá que he sido yo quien ha lanzado las granadas.

—Sé que han sido los hombres-mono, pero también sé que ellos no tienen capacidad para crear ese conjunto de cosas con las que nos han asombrado. Hablemos claro, Grey: ¿Ha estado usted en Titán antes de ahora?

—No le comprendo, pero temo comprenderle, Farrell. ¿Qué sospecha usted de mí?

—Yo soy el que pregunta —repuso Dan—. ¿Por qué tanto interés por formar parte de esta expedición? ¡Usted fue el único que se ofreció voluntario sin haber sido solicitado!

—Sí —contestó Grey—. Y lo hice por Silvia. No me importa que me crea o no.

—¿Por Silvia?

—Amo a Silvia y usted lo sabe, Farrell. No se hubiera portado tan agresivo conmigo durante el viaje de no saberlo. Ella iba con su padre, y yo quise estar a su lado como estaba ya en el laboratorio. Sé que soy mayor, pero tengo tanto derecho a enamorarme como cualquier otro.

—Usted sabía que Silvia era mi prometida. Por eso formo yo también parte de la expedición. Ella y su padre me lo pidieron.

—No lo sabía, Farrell —contestó Grey—. Nunca había hablado de amor con Silvia. La quería, y nada más, eso es todo. Imagino que a usted no le convencen mis explicaciones a las que, por otra parte, hacía tiempo que deseaba llegar. Para usted tiene más atractivo el que yo haya venido a Titán con anterioridad para armar a esos hombres-mono, supongo que para divertirme ahora un poco.

—El que haya armado a esos seres no lo ha hecho para divertirse, sino con otra finalidad —dijo Dan—. No sé cuál, pero acabaré descubriéndolo todo. Y ahora tenga en cuenta una cosa: acepto su explicación, Grey; la acepto, pero a la menor sospecha de que sea falsa, su vida terminará de modo violento. Ya lo sabe.

Hubo una pausa en el curso de la cual los dos hombres se miraron, como tratando de descubrirse los mutuos pensamientos, hasta que por fin la rompió Grey, preguntando:

—¿Tiene alguna idea de lo que podemos hacer ahora, Farrell?

—Yo sé lo que he de hacer —contesto el joven—. Buscar a

nuestros cuatro compañeros y arrancarlos del poder de los hombres-mono si es que todavía siguen con vida. Usted haga lo que quiera.

—Le ayudaré, si acepta mi colaboración.

Dan no contestó. Dio media vuelta, para entrar de nuevo en el camarote donde había dejado a Silvia desvanecida. Antes no se había preocupado de atenderla, porque la repentina sospecha contra Grey le había hecho olvidar todo lo demás, y también porque no tenía idea de qué clase de auxilio se podía prodigar a la joven en aquellas circunstancias.

Pero ahora no tuvo necesidad de pensar en el posible auxilio, porque encontró a Silvia de pie y completamente recuperada. La joven se estaba pasando la mano por la frente, y su aspecto era de gran asombro.

—¡Dios mío! ¿Qué me ha ocurrido? —preguntó, al ver entrar a Dan—. Al principio he supuesto que me habían herido, pero he comprobado ya que no.

—Sólo te has quedado dormida, Silvia. La bomba era de gas soporífero.

—¿Y papá y el profesor Grey? ¿Se han dormido también? ¿Están ya recuperados?

—Grey no ha llegado a experimentar los efectos del gas, y está aquí. En cuanto a tu padre... —Dan vaciló antes de continuar.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó ella, con impaciencia—. ¡Dímelo, Dan! ¿Acaso...?

Dan hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, Silvia —dijo luego—. No es lo que supones, afortunadamente. Sólo se lo han llevado. Me ha sido imposible rescataros a los dos.

—¡Cielo santo! ¿Quieres decir que se lo han llevado los hombres-mono? ¿Qué lo tienen en su poder?

—Sí, pero ten confianza —contestó Dan, viendo que las lágrimas empezaban a aparecer en los ojos de la muchacha—. Espero liberarle, tanto a él como a Mortimer, Harrisson y Collins, que se hallan también en poder de esos salvajes.

—¡Oh, corramos! ¡Vamos inmediatamente, Dan! —exclamó la joven—. Antes de que... Antes de que sea demasiado tarde.

—Si se los han llevado, hemos de suponer que no es para asesinarlos —la animó él—. De lo contrario, no hubiesen empleado el soporífero. Pero tienes razón de todos modos, Silvia. Hay que obrar sin pérdida de tiempo. Y como supongo que será inútil que te pida que permanezcas en la nave...

—No podría. Me sería imposible quedarme aquí.

—Bien, nos equiparemos con dos pistolas. La atómica y una de proyectiles corrientes. Las emplearemos según aconsejen las circunstancias. Nos llevaremos también los cascos de vacío, que nos protegerán contra nuevas bombas de gas. Procuraré exponerte lo menos posible, Silvia.

Al cabo de pocos minutos, los dos jóvenes se disponían a abandonar de nuevo la nave, equipados de acuerdo con las indicaciones de Dan. Al llegar a la compuerta, Grey se les aproximó apresurado. También él llevaba las dos pistolas y el casco colgando del cinto.

—¿Puedo ir con ustedes, Farrell? —preguntó.

—Ni se lo pido ni se lo niego —fue la respuesta de Dan—. Pero le recuerdo que tenga en cuenta mi advertencia.

—Veo que no he conseguido desvanecer sus sospechas, Farrell.

Dan no contestó, y se puso a bajar la escalerilla el primero, seguido de Silvia. Grey lo hizo después, y una vez los tres en tierra, el joven teniente advirtió:

—Puesto que ha decidido venir, quiero que sepa una cosa, Grey. Silvia y yo realizaremos nuestro propio plan de acción. Usted sígalo si le conviene, o márchese si lo cree pertinente. Pero no se le ocurra hacerme observaciones ni tratar de discutir mis decisiones.

Grey comprendió la causa de la severidad del joven. Se encogió de hombros, dando a entender que no podía hacerse nada más para alejar las sospechas que recaían sobre él y emprendió con ellos la marcha hacia el límite del claro.

El avance a través del bosque se realizó con precaución. Tenían que evitar no sólo otro posible ataque de los hombres-mono emboscados, sino también el de las monstruosas fieras del satélite, con algunas de las cuales había trabado ya conocimiento.

Vieron algunas, a distancia, pero su presencia no tuvo más efectos que los de estremecer a Silvia, sin que llegaran a ser víctimas de ningún ataque. Así llegaron al límite de aquel bosque de helechos, tras varias horas terrestres de marcha. Al otro lado se extendía una llanura de algas, de especies variadas y de no mucha altura, que permitía ver a distancia los montículos que de trecho en trecho cortaban la uniformidad del terreno.

Cuando se hubieron adentrado un poco en la llanura, quedando fuera del peligro de toda posible emboscada, Dan sugirió:

—¿Qué les parece si descansáramos un poco? La etapa ha sido larga.

Se sentaron entre las algas, contemplando desde allí a los reptiles voladores que descendían de pronto para hacer presa en insectos de gran tamaño, cuya forma recordaba a las hormigas terrestres, y de los cuales se alimentaban aquellos. Los tres expedicionarios comieron también, haciendo uso de algunos comprimidos de alimentación sintética.

—¿Saben qué hora es? —preguntó de pronto Dan, mirando su reloj de pulsera.

—En California, por cuya hora controlamos nosotros el tiempo, son las diez de la noche —contestó Silvia, imitándoles.

—Y, sin embargo, aquí es de día. Claro que esto no tiene nada que ver, y sin duda digo científicamente una tontería. Pero me llama la atención el que llevemos aquí ya cerca de veinticuatro horas y todavía no hayamos conocido la noche.

—La noche en Titán es corta, y afecta sólo a determinada zona del satélite —explicó Grey—. Deben tener en cuenta que aquí se combinan la luz del Sol y la que llega de Saturno, el planeta madre. Tan sólo cuando una pequeña zona de Titán no está bajo los efectos de ambas es de noche allí. Pero esto dura muy poco, como pueden ver con claridad si tienen en cuenta cómo se realiza la rotación de Titán...

—¡Por favor! —exclamó Dan, casi jocosamente—. ¡No nos vaya ahora a «colocar» una lección de Ciencia, Grey. Silvia no la necesita, y yo le aseguro que puedo prescindir de ella.

—Sin embargo —repuso Grey—, yo me proponía hablarles de Ciencia. No referente a la luz en Titán, sino sobre algo más interesante todavía.

Silvia le miró con interés. La joven rechazaba cualquier pretensión del profesor como presunto prometido, pero en cambio le constaba que sus conocimientos científicos eran profundos, y le admiraba en este aspecto.

—¿Sobre qué tema, profesor? —preguntó.

—Es una teoría nada más —advirtió Grey—. Pero se refiere al motivo por el cual existe tanto parecido, salvando las proporciones, entre Titán y nuestra Tierra.

Dan, que se había estirado, pues el tema en principio no le interesaba, se incorporó de repente.

—¿Eh? —exclamó.

—¿Recuerdan ustedes a Julio Verne, aquel famoso escritor del siglo diecinueve y principios del veinte? Pues Verne, en una de sus novelas de mayor fantasía, titulada Héctor Servadac, presentaba a una pequeña parte de la Tierra «raptada» por el paso excesivamente

cercano de un cometa, y así, hombres, animales y plantas del pequeño sector «arrancado», con su parte de atmósfera, se adhirieron al cometa y realizaron con él el viaje más fantástico que se pueda imaginar.

Dan, que había empezado interesándose, hizo un gesto de disgusto mezclado con desprecio.

—¿Y qué tiene que ver su Julio Verne con todo esto? —preguntó.

—Todo pudo empezar en una época geológica anterior a la Era Terciaria, cuando nuestra Tierra estaba aún en plena formación —prosiguió Grey—. El cometa, o quizás un pequeño astro errante, pudo pasar entonces a gran velocidad y muy cerca de la Tierra, arrastrando, con su gravedad y también a causa de la velocidad a que iba, parte de nuestro suelo, con sus montañas, agua, atmósfera y los seres vivientes de la época. ¿Me van comprendiendo?

—Sinceramente, no.

—Esa parte de la Tierra arrancada fue una nueva corteza del astro errante, con todas las características de aquella. De modo que, una vez conseguida la estabilización, una Tierra en miniatura empezó a vagar por el espacio. En ella había atmósfera, agua, y vida vegetal y animal, según la Era Secundaria o Terciaria de nuestro planeta.

—Y esa Tierra en miniatura, que es Titán, habría sido captada posteriormente por Saturno, convirtiéndose en satélite suyo —dijo Silvia—. No me parece tan descabellada su teoría, profesor.

—Veo que me ha comprendido, Silvia. Esto explicaría la clase de vida que hemos encontrado aquí, que representa una evolución paralela, pero muy retrasada con respecto a la que ha experimentado nuestro planeta. Aquí han subsistido especies nuevas sin que hubieran desaparecido las anteriores, y por esto nos encontrarnos con una extraña mezcla de seres terrestres.

Dan se había vuelto a interesar por el tema.

—Entonces esos hombres-mono… —empezó a decir presa de gran interés.

—Representan una raza de tipo neandertaloide, paralela pero con características distintas a aquella a la que damos este nombre en nuestro planeta —explicó Grey—. En definitiva, que existe cierto lejano parentesco entre ellos y nosotros.

—¡Rayos! ¿Quiere usted decir…?

—Siempre en el supuesto de que mi teoría sea cierta, de lo cual no tengo aún la menor prueba —comentó Grey, esta vez con la modestia de un verdadero hombre de Ciencia.

Se habían puesto en pie los tres. La fatiga de la marcha anterior había casi desaparecido y se sentían en condiciones de proseguir el

avance. Dan señaló la más cercana de las colinas que se alzaban en la llanura.

—La escalaremos —dijo—. Es posible que no veamos gran cosa, pero correremos el riesgo. ¡En marcha!

El ascenso no resultó difícil. La pendiente era poco pronunciada, y aunque las algas se mezclaban allí con pedruscos, restos de algún remoto cataclismo, al cabo de un par de horas los tres expedicionarios se encontraban en la cumbre.

El panorama que vieron desde allí era completamente distinto al observado en el bosque de helechos y en la llanura. Por el otro lado de la colina el terreno descendía hasta formar un ancho valle, también cubierto de vegetación, y en cuyo fondo se levantaba un poblado.

—¡Éste no es lacustre! —dijo Silvia, señalando las casas de madera y ramas—. ¡Y está habitado por hombres-mono! ¡Miren cómo se mueven! ¡Ah, sí supiera que papá y los demás compañeros están ahí cautivos!

—Tendrías que mirarlo como lo estarnos mirando ahora, Silvia —dijo Dan—. De momento, lo importante es que no nos descubran ellos a nosotros. No nos interesa actuar con apresuramiento.

—¿Puedo preguntarle qué se propone hacer? —inquirió Grey.

—Cuando viajábamos en la nave nos habló un personaje que se llamaba a sí mismo rey de Titán —explicó el joven—. Esto quiere decir que el conjunto de poblados acatan a una autoridad suprema. Pues bien, yo creo que si consiguiéramos apoderarnos del jefe de uno de los poblados nos sería fácil saber dónde reside el rey, que es probablemente el sitio donde han sido trasladados nuestros compañeros.

—Lo difícil será acercarnos al poblado y averiguar quién es el jefe sin que nos descubran. Si ocurre esto último, tendremos que enzarzarnos en una lucha muy desigual.

—Usted siempre tan prudente, ¿eh, Grey? —se burló Dan—. Prefiere atomizar a los indígenas a distancia, como hizo cuando yo luchaba contra los que se llevaron al profesor.

—Esto por lo menos podría probarle que sus sospechas no tienen razón de ser, Farrell. ¿Destruiría yo a esas gentes si fuese lo que usted supone?

Estaban en la cumbre de la colina, protegidos parcialmente por la maleza y los altos pedruscos y, en aquel momento, inesperadamente, algo silbó por encima de sus cabezas, interrumpiendo la discusión.

—¡Una granada! ¡Gus! —gritó Silvia.

Instintivamente, los tres contuvieron la respiración. Se habían

puesto de acuerdo por si se presentaba tal contingencia, y no tenían más que abstenerse de respirar lo necesario para colocarse los cascos de vacío que llevaban colgados de los respectivos cintos.

Pero la explosión no se produjo, y al primer silbido sucedieron otros. Ahora, pasada la primera sorpresa, se pudieron dar cuenta de que los silbidos no eran de granadas, sino más agudos y al mismo tiempo más fugaces.

Algo chocó contra una de las piedras, muy cerca de la cabeza de Dan, y el joven, agachándose, recogió del suelo una ramita recta y de punta muy afilada.

—¡Flechas! —exclamó, mostrándola a sus compañeros—. ¡Miren! ¡De nuevo estamos ante un contraste! ¡Los habitantes de este poblado al parecer desconocen las armas modernas!

Se habían agachado para ponerse a cubierto de los disparos, aunque las flechas seguían silbando por encima de sus cabezas. Al mismo tiempo pudieron ver a los atacantes, que estaban situados al pie de la colina. Eran un grupo de hombres-mono, que podían llegar hasta la veintena, y que disparaban sus arcos sin adoptar la menor precaución para protegerse contra una posible réplica.

Uno de ellos, que parecía ser el jefe, estaba algo más adelantado que sus compañeros y parecía animarles con sus extraños gritos, al tiempo que disparaba flechas contra el grupo de rocas tras el cual se protegían los terrestres.

Norton Grey tomó su pistola atómica y se dispuso a disparar contra sus enemigos. Pero Dan le contuvo a tiempo, cogiéndole el brazo.

—¿Qué va a hacer usted? ¡No permitiré que emplee su pistola atómica contra unos hombres que no disponen de más armas que las primitivas flechas!

—Puedo emplear la pistola de balas —contestó Grey, con cierto sarcasmo—. Pero el resultado será el mismo, y con la pistola atómica terminaremos mucho antes.

—No emplee arma alguna, Grey —repuso Dan, con sequedad—. Deje que sea yo quien trate de resolver la situación.

Dan había tomado ya su pistola de balas perforadoras. Y después de obligar a Grey a que guardara de nuevo su arma atómica, el joven tomó puntería con cuidado, y apretó el gatillo.

El arco del hombre-mono, que parecía ser el jefe, se partió de pronto en dos pedazos. La certera bala de Dan rompió la rama flexible, que utilizaban los hombres-mono para disparar flechas, y el que la empuñaba se quedó atónito, sin encontrar explicación a lo que le había sucedido.

Dos minutos más, y otros dos hombres-mono se quedaron sin sus correspondientes arcos. Dan apuntó de nuevo, para destruir un tercer arco, pero ya no le fue necesario disparar. Los hombres-mono, dándose cuenta del peligro que corrían y sin encontrar explicación a lo que estaba sucediendo con sus arcos, optaron por emprender una rápida retirada, que tardó muy poco en transformarse en desordenada fuga.

Pero Dan actuó casi al mismo tiempo que ellos. El jefe del grupo, quizá consciente de su responsabilidad, había sido el último en huir y en él se centró precisamente todo el interés del joven terrestre en su carrera.

Quizás hubiera tenido que desistir de la persecución de no haber tropezado el jefe titaniano con una de las piedras del pie de la colina, cayendo de bruces a continuación. Quiso el hombre-mono levantarse con toda rapidez, pero fue ya demasiado tarde; Dan había visto su oportunidad y, de lejos, se lanzó sobre el hombre que se levantaba, cayéndole encima y obligándole a quedarse nuevamente en el suelo.

No era cuestión de iniciar una lucha cuerpo a cuerpo en la que Dan, pese a su momentánea ventaja, llevaría la peor parte si el titaniano conseguía revolverse y pegar un solo golpe con sus, terribles manazas. El único camino a seguir era el mismo empleado ya con el otro hombre-mono al que el propio Dan había derribado al pie de la nave de la expedición, y al que no pudo coger luego por haber sido rescatado por sus compañeros.

Por lo tanto, el joven teniente descargó un culatazo sobre el cráneo de su enemigo, aprovechándose de que éste no había reaccionado aún después de su segunda caída. Ahora no tendría tiempo de hacerlo ya.

Mientras los demás hombres-mono proseguían su fuga, Dan, para evitar que cambiaran de parecer, hizo algunos disparos de advertencia, haciendo que las balas silbaran cerca de sus cabezas para aumentar su miedo.

Luego, cuando comprendió que ya no había peligro por aquel lado, cargó cómo pudo el pesado cuerpo del jefe sobre sus hombros e hizo señas a Silvia y a Norton Grey para que se acercasen.

—Hemos triunfado de momento, pero es mejor que permanezcamos aquí —les dijo, cuando estuvieron a su lado—. No sabemos si los hombres-mono regresarán con más refuerzos.

—¿Adónde quieres ir, pues, Dan? —preguntó la muchacha.

—Nos pondremos al amparo de otra colina, desde la que podamos observar sin ser vistos. Esta vez nos descubrieron al subir aquí, pero lo más fácil es que ahora, con el pánico de la huida, hayan prescindido

de toda vigilancia.

Mientras hablaban, el joven se había puesto ya en marcha, con el desvanecido titaniano sobre los hombros, y sus dos compañeros de expedición le siguieron sin objetar nada. Descendieron hasta el pie de la colina, continuando luego la marcha por la llanura de algas, en dirección a uno de los montículos cercanos.

Allí, al amparo de un grupo de rocas, con las armas preparadas para cualquier eventualidad, se sentaron en el suelo dejando Dan a su enemigo, que empezaba ya a dar muestras de recuperación.

El hombre-mono abrió por fin los ojillos, y miró a los tres terrícolas de un modo absolutamente estúpido, como si no comprendiera por qué estaba en su poder, o quizá por qué no le habían dado muerte todavía.

Su primer instinto fue levantarse para huir o para luchar. Sin embargo, se dio cuenta de las armas que empuñaban Dan y los suyos, tras lo cual en su mirada se reflejó el miedo y al mismo tiempo se quedó completamente inmóvil.

—No tienen armas atómicas —comentó Dan—, pero las conocen. Sin duda sus terribles efectos han hecho mella en la tribu, porque ese individuo está muy asustado.

El hombre-mono seguía mirando, sin dar muestras de haber entendido las palabras de Dan. El joven oficial preguntó entonces, dirigiéndose a él:

—¿Hablas inglés, o lo entiendes por lo menos? Vuestro rey sí lo habla. Alguien se lo ha enseñado.

El titaniano continuó sin dar muestras de haber entendido nada. Dan repuso:

—Buscamos a vuestro rey; a Ghar. ¡Ghar! ¡Ghar!

Por lo menos, el hombre-mono entendió el nombre. Dan lo comprendió así al advertir el brillo de odio que había aparecido ahora en sus ojillos. Un odio feroz, salvaje, muy opuesto al sentimiento de respeto que era de suponer había de despertar el nombre del rey entre sus súbditos.

—No parece que le haya gustado la palabra —comentó Grey, que también estaba atento—. Ese individuo no se considera súbdito de Ghar.

—¡Ghar! —repitió Dan—. ¡Ghar! ¡Ghar!

Entonces, de la boca del hombre-mono empezaron a brotar palabras. Mejor que palabras, un conjunto de sonidos guturales que ningún significado tenían, para los terrestres, salvo la evidencia de que reflejaban odio.

—Creo que hemos perdido el tiempo —dijo Dan—. Con ese personaje no va a haber manera de entendernos; por lo que lo mejor que se puede hacer es soltarlo y que regrese con los suyos.

Se puso en pie y, adoptando la actitud más amistosa que le fue posible, señaló al hombre-mono la pradera, dándole a entender que se podía marchar.

El titaniano no comprendió al principio. Sin duda no estaba acostumbrado a semejante generosidad, pues ni la practicaba él ni la practicaban los enemigos contra los que tenía que luchar en Titán. Sus ojillos iban de uno a otro de los tres terrícolas, y de su garganta seguían brotando las incomprensibles exclamaciones que constituían su primitivo lenguaje.

—Es inútil, amigo mío —dijo Don—. No nos vamos a entender. Mejor será que te largues.

—Pues yo creo que no me sería demasiado difícil estudiar su lenguaje —intervino Grey—. Como todos los primitivos es limitado y carece de giros. Los pueblos primitivos, en general, tienen un vocabulario reducido, que se limita a los nombres de cuanto les rodea y carecen, desde luego, de declinaciones, conjugaciones…

—¡No empiece el ataque, Grey —le cortó Dan, rápido—. Si es capaz de entresacar algo de lo que dice ese individuo, inténtelo. Pero ahórrenos la conferencia.

Se podía confiar en Grey en este aspecto. Una mirada rápida que cambiaron Dan y Silvia hizo comprender al joven que Grey era capaz de cumplir lo prometido, si bien quedaba la duda de que el científico aprovechase para sus propios fines lo que pudiera aclarar, diciendo a sus compañeros lo que le pareciese conveniente.

El profesor se volvió hacia ellos.

—Creo que capto ya algunas de sus palabras —repuso Grey—. Observen que pronuncia siempre la misma cuando nos señala a nosotros. Esto querrá decir, por lo tanto, «hombres blancos» o, si lo prefieren, «hombres de otro mundo».

—Si tienen una voz para designarnos a nosotros, es señal de que no es la primera vez que ven a seres de nuestra raza —dijo Dan; de nuevo su mirada, llena de sospechas, cayó sobre el científico—. Alguno o algunos habitantes de la Tierra han estado aquí en el curso de los últimos años.

Grey captó la alusión, y se encogió de hombros. Pero no dijo nada, temeroso quizá de renovar una discusión que no le era agradable. En vez de ello, señaló al hombre-mono, que no se había movido de su lado, y preguntó:

—¿Qué hacemos con este personaje? Sus ademanes son ahora

amistosos, ¿no se dan cuenta? Parece que nos está diciendo que vayamos con él a su poblado.

En cierto aspecto se pedía interpretar así. El titaniano por lo menos había abandonado su mirada de odio, y en sus labios simiescos aparecía una mueca que casi se podía interpretar como una sonrisa. Con sus largos brazos señalaba al otro lado de las colinas, en dirección al poblado.

—Es posible que tenga usted razón, Grey—.dijo el joven—. Démosle a entender que estamos dispuestos a seguirle.

Silvia hizo un gesto de disgusto, y había ansiedad en su mirada al preguntar a Dan:

—¿Vamos a ir? ¿Y si nos capturan, Dan? No podrimos defendernos contra tantos.

—No temas, Silvia —contestó el teniente—. Si sucede algo, procuraré tenerte apartada del peligro. Sin embargo, esta vez estoy de acuerdo con Grey y creo que ese individuo nos brinda su amistad y la de su tribu.

Obraron de acuerdo con las instrucciones de Dan. El hombre-mono se puso en marcha, delante, y los tres terrícolas le siguieron. Habían colgado sus armas de los cintos, pero estaban dispuestos a hacer uso de ellas al menor asomo de peligro.

CAPÍTULO IV



L llegar al poblado empezaron a temer que su confianza había sido excesiva y que se verían obligados a emplear las armas en defensa propia.

En efecto, una multitud de hombres-mono, empuñando primitivas lanzas y hachas de piedra, salió a su encuentro entre un griterío ensordecedor. Todos chillaban, todos aullaban y daba la sensación de que todos iban a atacar.

Pero cuando ya los tres terrícolas se disponían a echar mano a sus armas atómicas, única protección posible ante las circunstancias, observaron que los ánimos enfurecidos se aplacaban de pronto debido a las voces y gestos que efectuaba el jefe, a quién habían devuelto la libertad.

Se podía decir, por lo tanto, que el hombre-mono cumplía su palabra. Eran huéspedes de aquel poblado, y a partir de aquel momento fueron mirados con respeto por sus habitantes. El jefe les hizo acercar a una de las cabañas, indicándoles con gestos fáciles de comprender que podían disponer de ella. Era su casa. La residencia que les ofrecían los titanianos, y que los terrícolas se apresuraron a aceptar para poder tener un cambio de impresiones.

Sentados en el suelo, sobre extrañas pieles pertenecientes a algunos de los feroces animales que poblaban las selvas del satélite, Dan, Silvia y Grey se pusieron a tratar sobre su actuación futura.

—Ante todo, nos conviene saber dónde reside ese rey Ghar, la pronunciación de cuyo nombre tanto ha impresionado al jefe de este pueblo —dijo Dan—. También sería interesante que nos dijeran si saben algo del profesor Preston y de los demás.

—¡Oh! —exclamó Silvia, entristeciéndose—. Esperemos que no les haya sucedido nada desagradable.

—Para todo ello se necesita previamente conocer el lenguaje que hablan esos seres —terció Grey—. Ya les he dicho a ustedes que no es difícil, debido a su simplicidad, y yo me comprometo a conocerlo regularmente en muy pocos días.

—Empiece, pues, cuando antes, Grey —repuso Dan—. Estoy dispuesto a devolverle la confianza perdida.

El profesor sonrió.

—Tendrá que rendirse a la evidencia, Farrell —fue le respuesta del científico—. Cierto que ha existido antagonismo entre usted y yo, pero es debido...

—Dejemos el asunto, ¿no le parece? —concluyó Dan—. Es el momento menos apropiado para hablar de estas cosas.

Grey estuvo de acuerdo. Abandonó la cabaña, y desde la puerta Dan y Silvia le vieron alternar con los nativos; se entendía con ellos primero con gestos, pero poco a poco le oyeron pronunciar algunas de las palabras guturales que servían de lenguaje a aquellos seres.

—No parece un traidor, ¿verdad, Dan? —preguntó la joven.

—¡Hum! —hizo el teniente—. Hay muchos aspectos contradictorios en su conducta y en sus reacciones. Pero, dime Silvia; si no es él el traidor, ¿quién de nosotros puede ser? ¿Tu padre, acaso? ¿O tal vez algunos de los miembros de la tripulación? Grey resulta sospechoso tanto por lo que ha hecho como por verdadera eliminación.

—Descartas la posibilidad de gente de fuera. O sea personal ajeno a nuestra expedición, Dan.

—Todo es posible —dijo él, en voz baja. Pero siguió pensando que la solución del misterio de Titán tenía que estar dentro de los que habían ido allí a las órdenes del profesor Preston.

Durante algunos días, la vida resultó bastante aburrida; no por falta de interés, ya que el ambiente en que se habían mezclado los terrícolas lo tenía, y grande, y no sólo debido a la ansiedad que sentían todos por continuar la búsqueda de los desaparecidos. Dan y Silvia rondaban por el poblado y sus inmediaciones, recibiendo muestras de afecto de los hombres-mono, mientras Grey proseguía incansablemente su instrucción sobre el lenguaje de aquellos seres.

Por fin, tuvieron una reunión con el jefe del poblado, en la que Grey hizo de intérprete.

—Me considero ya bastante adelantado para poder hablar con ellos —anunció—. He conseguido datos de bastante interés, que les

voy a comunicar. El jefe se llama Ukah, y no sabe nada ni tiene nada que ver con el secuestro de nuestros compañeros. Es rebelde a Ghar y está en guerra con él, teniendo a su lado algunas de las tribus del satélite.

—De modo que Titán se halla en guerra civil, ¿no es esto? —dijo Dan.

—Algo así, pero en circunstancias muy desfavorables para los partidarios de Ukah, nuestro amigo. Ghar ha establecido alianza con terrícolas, y éstos le han facilitado el material e instrucción que nos es ya conocido. Naturalmente, en esta inferioridad de condiciones, los partidarios de Ukah se han visto obligados a deponer la lucha, y son muchas las tribus que han tenido que rendir acatamiento a Ghar, forzadas por los medios de ataque de que dispone éste.

—Entonces, de nada nos servirá nuestra alianza con Ukah —repuso Dan.

—De nada, salvo que puede proporcionarnos guías que nos lleven al territorio de Ghar. Una vez allí, tendremos que obrar por nuestra cuenta y continuar las investigaciones si lo consideramos necesario.

—¡Dios mío! ¡Claro que es necesario! —exclamó Silvia—. ¡Se trata de salvar a mi padre y a los demás compañeros de expedición!

—Sí, claro... —dijo Grey—. Pero no olvidemos el riesgo.

Dan no consideró conveniente discutir aquel extremo. Se limitó a decir:

—Pregunte a Ukah cuándo puede poner a nuestra disposición su servicio de guías.

Hubo un intercambio de sonidos entre Grey y el hombre-mono, después del cual el científico dijo, en inglés:

—La gente de Ukah puede ponerse en camino inmediatamente.

—Pues nosotros tampoco necesitamos preparativos —repuso Dan—. Por lo tanto, agradézcale su ayuda y emprendamos la marcha sin pérdida de tiempo.

Ukah facilitó dos guías, que pasaron a formar parte de la expedición armados con sus arcos y sus hachas de piedra, mientras que los terrícolas lucían en sus cintos sus armas modernísimas. Pero estaban ya habituados a los contrastes de Titán, y lo único que les importaba, por lo menos a Dan y a Silvia, era llegar cuanto antes a los dominios de Ghar, en cuyo poder suponían que estaban sus compañeros de expedición.

Por el camino, Grey completó la información que había iniciado.

—Ghar habita una de las zonas más montañosas del satélite —dijo—. Es un lugar donde hay grandes cuevas naturales, que allí

sustituyen a los tipos de poblados que hemos visto hasta ahora, ya que sirven en esas cuevas.

—Lo que nos faltaba para completar el estado prehistórico de esas gentes —comentó Dan—. La vida de las cavernas. Sería interesante descubrir pinturas primitivas en ellas.

No estaban aún muy lejos del poblado. Habían ascendido por la ladera del valle y se disponían a cruzar entre las colinas al otro lado de las cuales se extendía la llanura de algas, cuando algo llamó su atención.

Dos manchas oscuras que aparecieron a lo lejos, en el cielo del satélite, y que al principio todos habían tomado por reptiles voladores o cualquier otra clase de los extraños animales alados que poblaban aquel fantástico mundo. Pero luego, Dan, aun sin haber dicho nada sus compañeros, habló como si contestase a palabras pronunciadas por ellos.

—Si fuesen reptiles voladores efectuarían un leve zigzagueo en su vuelo —dijo—. No; esto no puede ser más que... ¡un par de aviones a reacción de reconocimiento!

—¿Cómo? —exclamó Silvia, extrañada—. ¿Quieres decir, Dan...?

Todos, incluidos los dos guías, miraban las extrañas manchas que se acercaban a toda velocidad y en línea recta; tardaron muy poco en adquirir forma, y entonces no hubo ya la menor duda. Eran, en efecto, dos aparatos a reacción, ultramodernos, que parecían dirigirse al poblado.

—¡Ocultémonos antes de que nos descubran! —gritó Grey, con su habitual prudencia.

Pero antes de que le obedecieran, Dan señaló a distancia, en la llanura de algas, obligando a fijar la atención de Silvia y del científico.

—¿Y aquello que avanza por tierra, qué es? —preguntó.

Tampoco era difícil de adivinar. Se trataba de cuatro o cinco tanques que avanzaban por la llanura, aplastando las algas, a toda la velocidad que permitían sus motores atómicos.

—¡Tanques! —gritó Silvia, asustada—. Y encima de ellos...

—¡Infinidad de hombres-mono equipados con armas atómicas! —completó Grey—. ¡Por favor, no permanezcamos tan a la vista!

Realmente, exponerse a ser descubiertos para verse luego obligados a aceptar una lucha en inferioridad aplastante de condiciones era una actitud suicida. En consecuencia, Dan y Silvia siguieron la recomendación de Grey, obligando también a los guías a que se ocultaran entre las piedras del pie de una de las colinas.

Éstos les obedecieron sin vacilar.

Desde allí pudieron ver, sin embargo, las evoluciones de los dos aparatos, y por el retemblar ligero del suelo comprendieron que la proximidad de los tanques era cada vez mayor.

—Ya no corren en línea recta —dijo Dan, refiriéndose a los aviones—. Han llegado a la aldea, que es su objetivo, y ahora esperan a los tanques y sus ocupantes para iniciar el ataque.

—¡Dios mío! ¿Quieres decir que van a atacar? —preguntó Silvia, muy asustada.

—Según nos ha dicho Grey —repuso Dan, mirando de soslayo al científico —hay guerra entre Ghar, que pretende ser indiscutible rey de Titán, y Ukah, que capitanea las tribus rebeldes. Creo que si trepásemos a la cumbre de la colina podríamos ver mucho mejor lo que va a suceder.

—Pero en la cumbre corremos más peligro de ser descubiertos —objetó Grey.

—Quédese aquí, si quiere —contestó el teniente—. Ya sabe en qué condiciones acepté su compañía. Silvia y yo subiremos a la cumbre.

—Cuando quieras, Dan —dijo la muchacha.

Emprendieron el ascenso, que no era demasiado difícil y que, por otra parte, se podía efectuar al abrigo de las rocas y primitivas hierbas que lo llenaban todo. Grey les siguió, pese a su oposición, y los dos guías hicieron otro tanto. Desde la cumbre se dominaba el valle y la aldea como ya sabían ellos, y pudieron ver la actitud que adoptaban los súbditos de Ukah ante la evidencia del peligro.

Todos los hombres-mono se habían congregado en la especie de plazoleta que formaban las cabañas, armados con sus arcos y hachas de guerra, y estaban escuchando a Ukah, que al parecer pronunciaba en aquellos momentos una arenga bélica. El vocerío con que aquellos seres contestaban a su jefe llegaba hasta la misma colina; y los dos guías, que se habían mostrado muy excitados ya desde el primer momento, abandonaron de pronto la compañía de los terrícolas, lanzando gritos guturales, y emprendieron una veloz carrera ladera abajo en dirección al poblado.

Grey gritó también, tratando de contenerles. Pero no le hicieron caso.

—Déjelos, Grey —aconsejó Dan—. Van a reunirse con los suyos y hacerse matar a su lado. Porque, desde luego, en las actuales circunstancias lo único que pueden hacer es ir todos en busca de la muerte si se deciden a presentar batalla.

—¡Pobre gente! —se compadeció Silva—. ¿Y no podemos hacer nada para ayudarles?

—Sería un suicidio —dijo Grey—. Sería descubrir nuestra presencia sin ningún beneficio para nadie.

Dan no dijo nada y siguió observando. Los tanques estaban muy cerca ya. Cruzaron entre las colinas y empezaron a descender hacia el valle, disminuyendo su velocidad para permitir a los hombres-mono de Ghar que saltaran a tierra y empezaran a desplegarse con sus armas atómicas, también en dirección al poblado.

Los gritos que llegaban ahora de uno y otro bando producían un ruido casi ensordecedor. Ukah y sus guerreros no se habían amilanado y ascendían ya por la pendiente blandiendo sus primitivas armas, en busca de los cuerpos de sus enemigos. Algunas flechas empezaron a surcar el aire, y tres o cuatro hombres-mono, equipados con armamento atómico, rodaron por el suelo con los cuerpos traspasados.

Dan tuvo que coger la mano de Silvia, apretándosela, para evitar que la joven dejase escapar algún grito. La muchacha se había entusiasmado al ver la valentía con que la gente de Ukah se enfrentaba con los medios más modernos de lucha.

Pero las circunstancias cambiaron pronto. En el poblado no habían quedado más que las hembras y pequeños de los hombres-mono, y de pronto, los dos aviones empezaron a bombardearlo. Saltaron las frágiles cabañas, con algunos de sus ocupantes, mientras la tierra retemblaba a causa de las explosiones, y como si aquello hubiera sido la señal de ofensiva, los cañones atómicos de los tanques empezaron a vomitar sus terribles proyectiles.

Los guerreros de Ukah cayeron a montones, mientras los de Ghar hacían funcionar sus fusiles atómicos para completar la siega. El entusiasmo de Silvia se convirtió en una exclamación de dolor. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas al contemplar aquella cruel matanza.

—¡Oh! —dijo—. ¿Es que realmente no podemos hacer nada para evitar esto?

—Si fuese una batalla en condiciones normales preferiría no inmiscuirme —contestó Dan—. No tenemos derecho a tomar partido por ninguno de los dos bandos que luchan en Titán. Pero los guerreros de Ghar han sido armados e instruidos por hombres de la Tierra, y esto cambia completamente la situación.

El joven apuntó con su pistola atómica, y repuso:

—¡A los tanques! ¡Tratemos de inutilizarlos! ¡Quizá pronto sabremos quién los ha suministrado!

—¡No haga locuras, Farrell! —gritó Grey—. ¡Nos busca la muerte a los tres!

Pero el teniente no le hizo caso y apretó el disparador de su arma.

El pequeño proyectil acertó en uno de los tanques. No tenía fuerza suficiente para desintegrarlo, pero abrió un boquete de regular tamaño en su flanco. Un segundo disparo acabó de inutilizar el tanque, que dejó de evolucionar junto a los demás.

Silvia preparó, su pistola, diciendo al mismo tiempo:

—¡Yo pienso imitarte, Dan! ¡Hemos de impedir la gran injusticia que representa la destrucción de ese poblado!

Pero ya muy poco pudo hacer la joven. Mientras los tanques restantes aplastaban a los hombres-mono de Ukah y los de Ghar los volatilizaban con sus disparos atómicos, los dos aviones abandonaron el pueblo del que no quedaban ya más que ruinas, y se dirigieron en línea recta a la colina donde estaban los tres terrícolas.

Grey dejó escapar un grito de miedo:

—¡Debíamos de haber pensado que lo harían! ¡Ahora nos volatizarán como a esos infelices!

Dan apuntó con su arma a uno de los aviones.

—¡Lo mismo que he destruido un tanque puedo abatir un avión! —dijo—. ¡Haga usted algo, Grey, en vez de lamentarse tanto!

Su disparo tuvo los mismos efectos que cuando lo efectuó contra el tanque. En el vientre del avión se abrió un boquete, que si bien de momento no impidió que siguiera volando, fue un aviso de próxima destrucción.

—¡Hagan algo! ¡Hagan algo! —repuso Dan, disparando otra vez.

Pudo apreciar los efectos de su segunda bala atómica, pero ya ni Silvia ni Grey tuvieron oportunidad de intervenir.

Los aviones eran dos. Y si el primero pudo ser gravemente averiado, el segundo estaba intacto y en condiciones de actuar con plena efectividad. Estaba ya en perpendicular sobre los tres terrícolas, y en aquel momento, cuando hasta el mismo Grey se disponía a disparar, soltó una bomba.

Los tres la vieron surgir con horror de su vientre, y escucharon el tétrico silbido al cortar la atmósfera de Titán. Era cuestión de segundos que dejaran de existir.

—¡Salten a un lado! ¡Donde puedan! —gritó el teniente, lanzándose él también al suelo.

Era una precaución absolutamente vana, sobre todo si la bomba, era atómica, pero el grito y el gesto de Dan habían sido puramente instintivos. Desde el suelo, el joven oyó la fuerte explosión y el retemblar de la tierra, al tiempo que una densa nube de humo de un color blancuzco lo cubría todo.

—¡No es una bomba atómica! —exclamó—. ¡Ni siquiera de

metralla! ¡Es soporífera, como las que emplearon para capturar al profesor y a los muchachos!

Rápidamente contuvo la respiración, para no verse sumido en los efectos del gas. Se colocó el casco de vacío y se levantó del suelo, empleando escasos segundos en la operación. No habían conseguido dormirle. Estaba aún en condiciones de luchar, y se dispuso a hacerlo con todas sus energías.

Pero la masa de humo que le envolvía era compacta y no le permitía ver nada de cuanto le rodeaba. Avanzó a tientas, tratando de orientarse por instinto hacia el lugar donde le parecía que se habían lanzado Silvia y Grey. Empuñaba su pistola atómica, y estaba dispuesto a emplearla sin consideración alguna si se presentaba la necesidad.

De pronto, aquella atmósfera blancuzca que le envolvía empezó a adquirir un color más definido, y entre la densa nube se dibujó la silueta de un hombre-mono.

Dan no vaciló. El hombre-mono llevaba también casco de vacío y empuñaba un fusil atómico. Era, por lo tanto, un guerrero de Ghar; un enemigo, al que Dan se anticipó en el disparo, convirtiéndolo en una nubecilla que se mezcló con la densa masa de gas que lo envolvía todo.

—¡Silvia! ¡Silvia! ¡Profesor Grey! —gritó el joven, esperando que si alguno de los dos se había puesto el casco captase la llamada.

Pero no recibió contestación. Avanzó, sin preocuparse ahora de hacia dónde lo hacía, y volvió a gritar:

—¡Silvia! ¡Grey!

El resultado fue el mismo de antes. El científico, si le oía, quizá prefería hacerse el sordo. Pero Silvia no. Si la joven no contestaba era porque no se había colocado el casco y por lo tanto la llamada de Dan no llegaba hasta ella.

—¡Silvia! —gritó el teniente, una vez más.

Y siguió avanzando. La nube de humo se empezaba a disipar y no tardaría en ver algo más que aquel telón blanco que lo rodeaba por todas partes.

Ahora las siluetas de los hombres-mono se hicieron perceptibles y hasta le pareció distinguir la masa de un avión aparcado en tierra. No supo el joven si le habían visto o no a él. No le importó, ni esperó a comprobarlo cuando sus enemigos empezaron a disparar en su dirección. Su pistola atómica se puso a vomitar proyectiles, y vio cómo los guerreros de Ghar se iban volatilizando uno tras otro.

Estaba casi al pie de la colina, y era allí donde había aterrizado el

aparato que ahora distinguía con claridad. Se dispuso a disparar contra él, en el preciso momento en que el avión se elevaba, casi en línea recta, como un helicóptero.

Entonces se contuvo. En aquel avión podía ir Silvia prisionera, y si lo destruía iba a ser el causante de su muerte. Permaneció pensativo algunos segundos, sin saber qué decisión tomar, y de pronto, por el rabillo del ojo advirtió la presencia de un gigantesco hombre-mono casi a sus espaldas.

Se volvió lo más aprisa que pudo, y esto le salvó la vida, pues su enemigo había disparado ya y el proyectil pasó de largo gracias al movimiento del joven. Su auricular captó el grito del hombre-mono que llevaba también la cabeza enfundada en un casco de vacío. Le vio alzar el fusil, a modo de masa, y tuvo que moverse de nuevo con rapidez para evitar el golpe, impidiéndole esto disparar contra su enemigo.

El mazazo del hombre-mono pasó rozando su cabeza. De haberle acertado se la hubiese aplastado, junto con el casco, y allí hubiera sido el fin de las aventuras del teniente Dan Farrell. Pero no ocurrió nada de esto. Dan se pudo incorporar, y trató una vez más de eliminar a su enemigo. No tuvo suerte tampoco. Sus pies tropezaron con algo en el suelo, tal vez una piedra, y la bala de Dan salió desviada.

Entonces, el hombre-mono descargó su segundo golpe. Como todos los de su raza, prefería emplear las armas, por atómicas que fuesen, como maza antes que de otro modo cuando se trataba de una lucha cuerpo a cuerpo. Y esto salvó a Dan en parte. Vio el gesto, se hizo a un lado, pero no pudo evitar que su casco resultase alcanzado por la culata. No de pleno, pero sí con la suficiente fuerza para hacerlo trastabillar y darle la sensación de que perdía el sentido.

De lo último que tuvo recuerdo fue que apretaba el gatillo, consiguiendo por fin volatilizar a su enemigo. Luego tuvo una absoluta sensación de vacío, de que le fallaban las piernas y de que caía por lo poco que quedaba de ladera de la colina.

Su último pensamiento fue que sus enemigos le iban a capturar por fin. Como el profesor Preston y los miembros de la tripulación, como la propia Silvia sin duda, iba a convertirse en prisionero de los hombres-mono y de los terrícolas que los manejaban con alguna oculta finalidad.

* * *

Al despertar, sin saber cuánto tiempo había transcurrido, lo costó un poco volver al recuerdo de todo. Se vio al pie de una roca, oculto en parte por las altas y extrañas hierbas que crecían al pie de la colina.

La cabeza le dolía mucho, y al llevarse la mano a ella tropezó con el casco, que notó abollado por su parte posterior.

Se puso en pie, poco a poco, y trató de hacerse una composición de lugar. Estaba, desde luego, al pie de la colina; por lo tanto, no le habían capturado. En su caída, había ido a parar al fondo de un hueco formado por unas rocas y cubierto en parte por la hierba, lo cual había contribuido sin duda a que no le encontrasen si le habían buscado.

Él había luchado contra un hombre-mono, pero cuando todavía no había suficiente visibilidad a consecuencia del gas. Sólo su enemigo hubiera podido decir dónde había ido a caer, pero Dan recordó que lo había volatilizado en el último momento. En consecuencia, careciendo sus enemigos de datos concretos sobre su paradero exacto, no habían acertado en buscarle allí y a esto debía él su actual libertad.

Ahora la atmósfera estaba completamente despejada y Dan pudo quitarse el abollado casco, al tiempo que emprendía de nuevo la ascensión hacia la cumbre de la colina.

Desde allí echó un vistazo general sobre lo que había sido campo de batalla. Del poblado no quedaban más que ruinas informes. Un tanque y un avión destruidos daban fe de la participación de Dan en la lucha. En cuanto a cadáveres, había muy pocos, ya que se habían empleado armas atómicas en la batalla y sólo habían quedado sobre el terreno los cuerpos de los hombres-mono aplastados por los tanques y los de aquellos que habían sido alcanzados por las flechas de los guerreros de Ukah.

De Silvia y de Norton Grey no había el menor rastro. Al comprobarlo, Dan no pudo evitar un estremecimiento. ¿Qué había sido de ellos? ¿Qué había sido, sobre todo, de Silvia? ¿Se los habían llevado los hombres-mono o habían sucumbido, convertidos en nubecillas, bajo los efectos de los proyectiles atómicos? La respuesta era imposible en aquellos momentos.

El joven volvió a bajar a la llanura. Su observatorio no tenía ya ninguna utilidad para él, y necesitaba, ahora más que nunca, encontrar el refugio de Ghar y su gente para hallar luego la manera de liberar a sus compañeros de expedición, si era que todavía quedaba alguno con vida.

Se había quedado completamente solo en la lucha, en aquel terrible astro tan alejado de la Tierra o de cualquier otro punto del Sistema Solar, donde hubiese bases de compatriotas suyos. Durante unos momentos especuló con la posibilidad de enviar un mensaje pidiendo ayuda. Tenía la nave. Los motores estaban averiados, pero los aparatos de transmisión funcionaban y su mensaje sería captado desde alguna parte del espacio.

Estuvo a punto de ponerse en camino hacia el bosque de helechos, pero de pronto mudó de parecer. Pensó que su mensaje sería captado ante todo por los hombres que dominaban en Titán; por los que habían equipado a los indígenas, y que sin duda alguna tendrían una buena estación receptora y la suficiente vigilancia para evitarse toda clase de sorpresas, y si su mensaje era captado, todo intento de ayuda fracasaría, agravándose, además, su propia situación.

No. Tenía que contar exclusivamente con sus propias fuerzas. Tenía que actuar en la sombra, procurando que su presencia no fuese advertida, y de este modo averiguar qué había sido de sus compañeros y ver si podía hacer algo para ponerlos en libertad.

Su camino no era hacia el bosque de helechos, donde estaba la nave averiada, sino hacia las desconocidas montañas en cuyas cuevas habitaba la tribu de hombres-mono bajo el mando directo de Ghar.

Ahora no tenía guías. Ukah y su pueblo habían sucumbido o se hallaban camino del cautiverio si había habido algún superviviente. Dan se tendría que arreglar solo. Pero a falta de guías disponía de otros medios para encontrar el camino. Los tanques habían dejado huellas en la llanura, y no tenía más que seguirlas para descubrir su punto de procedencia y el sitio donde habían ido a refugiarse después de la batalla.

Se dirigió, pues, hacia donde estaban las pesadas huellas del paso de los vehículos y empezó a seguir lo más aprisa que pudo la marca de las anchas rodadas que se habían dibujado en el suelo.

A causa de la menor gravedad de Titán la marcha a pie podía ser mucho más rápida que en la Tierra, y con menos cansancio. Dan tenía comprimidos alimenticios en uno de sus bolsillos; mientras andaba pudo alimentarse reponiendo las fuerzas perdidas durante la lucha. Si el viaje se prolongaba en exceso, se tumbaría en cualquier parte para dormir, procurando hacerlo fuera de la vista de cualquier observador. No le sería difícil, dada la exuberante vegetación de aquel astro.

El mayor peligro para Dan eran los feroces animales prehistóricos que aparecían por todas partes. Si le sorprendía alguno de ellos, sobre todo durante el sueño, no habría salvación para él. Pero no podía optar. Ni siquiera el retroceso le era posible, caso de haberlo deseado, porque carecía de medios para abandonar Titán. Su consigna sólo podía ser una; la de siempre de los luchadores de todas las épocas: vencer o morir.

Tuvo, sin embargo, más suerte de la que esperaba. No le hizo falta pernoctar de momento al aire libre, expuesto a los peligros de las fieras, porque se encontró en las proximidades del reino de Ghar bastante antes de lo que había supuesto al principio. A las pocas horas de marcha distinguió la cordillera en el horizonte; un horizonte mucho

más cercano que el de la Tierra a causa de la menor dimensión de Titán, por lo que le costó también menos tiempo llegar a él.

Las rodadas de los tanques se dirigían rectamente a las montañas, por lo que Dan no tuvo la menor duda de que era allí donde se abrían las famosas cuevas. A partir de aquel momento avanzó con más prudencia, procurando esconderse entre las altas hierbas para no ser visto por algún observador situado en las alturas.

Corrió el peligro de ser sorprendido por algunos de los repugnantes reptiles, contra los que se vio forzado más de una vez a disparar su pistola atómica, pero llegó sin dificultad mayor al pie mismo de las montañas, guiado siempre por las huellas de los tanques que le habían precedido.

Gracias a ellas pudo encontrar también el desfiladero que conducía a la región de las cuevas. Pero prefirió no llegar directamente a ellas, pues esto hubiera significado ponerse en manos de sus enemigos, obligándose a una lucha que él sólo no podía sostener.

Desvió, pues, su dirección hacia una de las laderas, y cuando hubo alcanzado suficiente altura, bien camuflado entre las rocas —o así lo creyó él al menos— pudo observar el fondo de la cañada y las aberturas que constituían las entradas de las cuevas. Muchos hombres-mono se movían por allí. Súbditos fieles de Ghar, supuso Dan. Y observó también que los accesos a las cuevas habían sido arreglados, sin duda para permitir la entrada de tanques y aviones, que tendrían allí su cuartel general.

Y hasta posiblemente se ocultaban en algún lugar de aquella zona las astronaves contra las que ya había combatido antes de pisar el suelo de Titán.

Dan se puso a pensar. Tenía que descender hasta allí, tenía que efectuar un reconocimiento de las cuevas para buscar a sus compañeros de expedición, y todo ello sin ser sorprendido por los hombres-mono o sus aliados terrestres.

Naturalmente, al joven no se le escapaba que la empresa no tenía nada de fácil. Al menor descuido por su parte sería dada la alarma general y todo se habría perdido. Era mejor obrar sin prisas, pero con seguridad a base de un plan bien trazado. Dan podía quedarse en su observatorio todo el tiempo que considerase conveniente, ya que poseía alimentación sintética para un par de semanas por lo menos.

Se tomaría unas horas de descanso, que le hacían falta, y luego se pondría a pensar. Buscaría el medio de penetrar en las cuevas, para salvar a sus compañeros, y averiguar luego la causa de la ayuda de los hombres de la Tierra a aquellos extraños seres de Titán. También

necesitaría buscar la manera de huir de allí con sus compañeros y, si era posible, de castigar a los traidores.

De entre tantas cosas, de momento, sólo tuvo la solución de una: la de entrar en las cuevas. Y no como conquistador, sino como prisionero. Porque mientras se levantaba para buscar un sitio adecuado donde tumbarse y reposar el tiempo que se había propuesto, notó contra su espalda la presión de una pistola. Y al mismo tiempo, una voz decía, en perfecto inglés:

—¡Si hace el menor gesto de hostilidad, Dan Farrell, sus andanzas y su vida terminarán aquí!

El joven volvió lentamente la cabeza. Detrás de él había tres hombres empuñando pistolas atómicas. Tres hombres de su raza; tres blancos. Dos de ellos le eran completamente desconocidos. Pero el tercero, no.

El tercero era Norton Grey. El hombre que había hecho tantas protestas de inocencia.

CAPÍTULO V



AN no manifestó demasiada sorpresa. Miró al científico con desprecio, mientras otro de sus aprehensores le despojaba ya de sus armas, y dijo:

—Esperaba esto de usted, Grey. Sabía que tarde o temprano se arrancaría la careta.

—Pero no esperaba descubrirlo de este modo, ¿verdad? —contestó el científico.

Dan notó cinismo en su voz, pero un cinismo que parecía estar mezclado aún con miedo. Grey seguía siendo el hombre de los contrastes.

El joven prefirió no decir nada más, y se dejó desarmar puesto que le era imposible ya oponerse. Sus aprehensores continuaban empuñando las pistolas, y uno de ellos ordenó:

—Venga con nosotros. Vamos a descender a las cuevas. Si no se resiste, podrá escapar de ésta.

Se pusieron en camino y Dan, no pudiendo hacer otra cosa, se fue con ellos. Uno de los desconocidos iba delante, con su propia arma y las que había arrebatado a Dan; Grey marchaba junto al joven, y detrás de todos iba el otro desconocido, dispuesto a actuar rápidamente al menor asomo de violencia por parte de Dan.

Empezaron a descender una especie de camino que se dirigía al fondo de la cañada. Los hombres-mono, en gran número, estaban a las entradas de las cuevas que eran sus viviendas, dedicados a sus costumbres primitivas. Frente a casi todas ellas había hogueras encendidas en las que se asaban los animales que habían cazado. Llevaban armas, pero eran sus primitivas armas de piedra; no los fusiles atómicos con que habían realizado el ataque contra la tribu de Ukah. Dan pensó que, como medida de precaución, las armas atómicas les eran retiradas cuando no habían de actuar en empresas convenientes a los terrícolas que dirigían todo aquello.

Todo lo más, se permitía hacer uso de los medios modernos de combate a Ghar y a un grupo de guerreros adiestrados para someter a las tribus que se mostraban rebeldes. Era el premio que los terrícolas daban al rey titaniano por su fidelidad y adhesión. Le concedían el mando supremo de los indígenas del satélite.

Junto a las cuevas de los indígenas estaban las otras: las que habían sido arregladas para refugio de los elementos bélicos, y seguramente para cuartel general de los organizadores de todo aquello. Fue a una de estas donde se dirigieron Dan y sus aprehensores. Cruzaron antes algunos grupos de hombres-mono, que les vieron pasar con indiferencia, acostumbrados ya a la vecindad de los terrestres.

Momentos después, penetraban en una de las cuevas. La entrada de la misma no se diferenciaba en mucho a la de las otras, pero su interior estaba arreglado de forma que aquello lo mismo podía ser una vivienda particular que una fortaleza. Siguieron por un largo pasillo, al que daban muchas puertas, todas ellas cerradas. También estaba cerrada la puerta del pasillo, que se iniciaba después de una especie de vestíbulo formado a la entrada de la cueva. Pero uno de los hombres que habían capturado a Dan llevaba un manojo de llaves, y abría y volvía a cerrar las puertas por las que tenían que pasar.

Tanto en el pasillo como en la estancia donde condujeron por fin a Dan había iluminación atómica. El joven calculó, que para organizar y arreglar todo aquello se habría necesitado por lo menos un par de años de trabajo, intenso, en el que sin duda habrían colaborado los hombres-mono bajo el mando de Ghar. Pero se hallaba siempre ante la

misma incógnita. ¿Por qué se había hecho? ¿Qué pretendían los organizadores? Indudablemente, no se trataba de beneficiar a los indígenas. Para esto, para emprender una obra civilizadora en Titán, hubiera bastado denunciar la existencia de sus habitantes, y los gobiernos de la Tierra se hubiesen encargado de todo a sus expensas.

Tampoco se había hecho simplemente para ayudar al rey Ghar a convertirse en dueño absoluto del pequeño astro. Esto era incidental. Los hombres de la Tierra que habían ayudado a Ghar a conseguir el mando supremo lo habían hecho con otra intención. Ghar tenía que dar algo a cambio.

Y entonces Dan empezó a creer que lo comprendía todo. ¿Qué podía dar Ghar a cambio de la ayuda recibida? Sólo una cosa: hombres. Guerreros, hombres-mono o como se les quisiera, llamar, pero en definitiva seres capaces de recibir una leve instrucción y de empuñar las armas al servicio de fines inconfesables. Lo que se preparaba en Titán era un ataque. Contra la Tierra o contra las bases terrestres instaladas en los planetas vecinos, pero un ataque en definitiva.

Algún loco había concebido la idea, y no era el primer caso que se registraba desde que los poderosos medios científicos ponían al alcance de los hombres medios y fuerzas insospechadas. El ataque se realizaría, o se intentaría por lo menos, siendo los súbditos de Ghar el gran ejército de invasión, que aterrorizara sólo con su presencia a los hombres de la Tierra en la región donde fuesen lanzados.

Para todo ello, desde luego, se necesitaba gran número de astronaves. Pero siendo Titán un astro en muchos aspectos semejante a la Tierra, no era dudoso que hubiese allí yacimientos de diversos minerales con los que se tendrían las materias primas para la construcción de las naves. Las fábricas también podían ser montadas allí, y hasta quizá todo estaba ya en marcha. Bastaba un reducido número de hombres de la Tierra que lo dirigiesen todo, mientras los hombres-mono de Ghar actuaban de mineros, de operarios y de soldados.

Alcanzada esta conclusión, fácil resultaba comprender lo demás. A los directores de todo aquello les interesaba que Ghar fuese dueño absoluto de Titán, tanto como a él mismo, pues cuantos más hombres-mono tuviese bajo su dominio tanto más aumentaban las disponibilidades de personal para toda clase de fines.

Dan Farrell llegó al final de sus reflexiones en el momento en que sus aprehensores le hacían entrar en una de las estancias que daban al pasillo. Era una habitación desnuda en la que no había más que un taburete, una mesita y un camastro. Un calabozo, en definitiva. Allí se tendría que quedar el joven, incomunicado, desconociendo lo que iban

a hacer con él y cuál había sido la suerte de sus compañeros de expedición.

Entonces, por primera vez desde que había sido capturado, dirigió la palabra a Norton Grey.

—Supongo que esta debe ser mi celda de condenado a muerte —dijo—. Porque no dudo que no me dejarán salir con vida de aquí.

Tuvo la sensación de que a Grey le había gustado que hablase por fin, porque le daba la oportunidad de contestar. Los otros dos hombres se habían quedado a la puerta de la celda, después de haber hecho entrar a Dan, y el científico avanzó también un par de pasos hacia el interior para contestar a las palabras del joven.

—Todo depende de usted, Farrell —dijo—. No nos sobra el personal adiestrado. Súmese a nosotros, denos pruebas de su fidelidad, y esta puerta no se cerrará ya. Será usted libre y en su día tendrá la recompensa debida a sus servicios.

Dan reflexionó unos momentos.

—¿Qué se propone hacer? —preguntó, luego.

—No importa que lo sepa, puesto que tanto si se une a nosotros como si no, le será imposible dar aviso a nadie —contestó Grey—. Queremos aislar a la Tierra de sus colonias de los planetas vecinos, mediante un ataque de éstos. No nos será difícil apoderarnos de las bases instaladas en Marte, Venus, y hasta incluso en la Luna y otros astros menores. Como sabe usted, de todos estos territorios se sacan productos vitales para los habitantes de la Tierra, que a partir de nuestra ocupación serán controlados por nosotros. Los gobiernos de la Tierra tendrán que elegir entre hacernos la guerra o pagar, y acabarán optando por esto último, pues la gente se negará a ir a una hecatombe sólo por ahorrarse un poco de dinero.

—Pero esto es una traición —dijo Dan.

—Llámelo como quiera, Farell. Es lo que se ha preparado desde aquí, y lo que nadie sospecha que va a ocurrir. Comprenda, pues, que nos vemos obligados a capturar a todos los extraños que aparecen por nuestros dominios, como medida de precaución.

—En definitiva —dijo Dan—, que se han convertido ustedes en unos piratas. Quieren controlar ilegalmente las riquezas de los planetas y piensan dar muerte a quién se oponga a su obra. ¿Y pretenden que yo me una a esto?

—Le damos a elegir, Dan Farrell —contestó Grey.

—El proponérmelo es ya un insulto —repuso el joven—. Le he preguntado qué se proponían hacer para ver si coincidía con lo que yo he sospechado. Veo que sí. Pero no les puedo dar más que una

respuesta: enciérrenme aquí toda la vida, mátenme, pero no me ofendan proponiéndome a mí, a un oficial del Ejército, que se convierta en un pirata fuera de la ley.

—¿De modo que piensa seguir luchando contra nosotros?

—¡Lucharé mientras pueda, Grey! ¡Estoy solo y preso, pero aún me siento con valor para combatir contra todos! ¡No se fíen de mí, se lo advierto! ¡Les haré una mala jugada cuando menos se lo esperen!

Más que nada, hablaba la impotencia de Dan. Era la voz de la desesperación del joven, que se veía incapaz de hacer nada en aquel momento, pero que no se resignaba a declararse vencido. Grey sonrió al escucharle. Y los dos hombres que aguardaban a la puerta se empezaron a impacientar.

—Ya basta —dijo uno de ellos—. Salga, Grey, que vamos a cerrar la puerta.

Pero Grey pareció querer gozar aún más de su venganza. Miró a Dan, con sonrisa maligna, y repuso:

—¿Qué haría ahora si dispusiera de un arma como ésta que empuño, Farrell?

—¡Démela, si se atreve, y lo verá sobre la marcha! —contestó Dan, furioso.

Y entonces ocurrió lo que ninguno de los que estaban allí, salvo Grey, hubieran podido imaginar.

Con un ademán rápido, el científico puso la pistola atómica en las manos de Dan, al tiempo que gritaba:

—¡Pues adelante, teniente Farrell! ¡Y no se confunda! ¡Yo estoy a su lado!

Y se lanzó sobre los dos hombres que estaban a la puerta, que no acertaban a comprender lo que estaba ocurriendo allí.

* * *

La sorpresa fue general. Ni Dan ni los dos hombres esperaban aquello. Grey se había lanzado sobre ellos, aprovechándose de su aturdimiento, y les había cogido por las muñecas antes de que tuvieran tiempo de reaccionar para impedirles emplear sus pistolas. Confiaba en que Dan haría el resto, pues él no se sentía capaz de mucho más.

Y Dan no perdió el tiempo. Pasado el primer instante de sorpresa, y viéndose con un arma en la mano, corrió detrás de Grey, y casi al tiempo que éste apresaba las muñecas de los dos guardianes, la culata de la pistola del joven teniente chocaba con fuerza sobre sus respectivas cabezas. Los dos hombres cayeron al suelo sin sentido, y

sin haber tenido una idea demasiado clara de lo que estaba sucediendo.

La victoria había sido fulminante, casi sin lucha. Mientras Grey arrastraba a los dos hombres al interior de la celda, Dan le preguntó:

—¿Por qué ha hecho esto, Grey?

—¿Lo siente? —preguntó a su vez el científico. Y luego, repuso—: Quizá perderíamos ahora mucho tiempo hablando, y lo que conviene es obrar. Cerraremos la puerta para que no nos sorprendan.

Lo hicieron, y Grey se puso a registrar a uno de los hombres hasta que encontró el manojo de llaves.

—Los dejaremos aquí encerrados —dijo, mostrándolas a Dan—. Convendría atarlos y amordazarlos para que no pudieran dar la alarma al despertar.

Tampoco esto costó demasiado. Con unos pañuelos y las mismas correas de los hombres, les amordazaron y los dejaron sujetos de manos y pies. Mientras lo hacían, Dan preguntó:

—¿No puede explicarme nada, Grey?

—Muy poco —contestó el científico—. Fui capturado y embarcado en uno de los aviones, hace de ello ya más de veinticuatro horas.

—¿Tanto tiempo? —dijo Dan. Y entonces se acordó de que, aparte de lo que le había costado el viaje hasta las montañas, había estado desvanecido al pie de la colina sin saber lo que había tardado en despertar.

—Si —repuso Grey—. Y como puede usted suponer, desde el primer momento me mostré entusiasta de la idea de esos granujas. Sobre todo, aparenté odiarle a usted. Era algo que ellos habían de creer. Pero, por mi parte, esperaba que de este modo me permitirían verle y hablarle, y así fue como pude participar en su captura cuando fue usted localizado. No se dudaba de mí.

Norton Grey se puso entonces muy grave, y añadió:

—Farrell, entre usted y yo existe o ha existido una rivalidad personal… acerca lo que usted sabe. No le oculto que amo a Silvia. Usted ha ganado, pero esto no puede ser motivo para que yo me convierta en un traidor. Soy un hombre de ciencia, creo ser honrado y guardo fidelidad a mi patria y a la gente de mi raza. Cierto que no tengo el valor de usted ante el peligro, y esto contribuye a que se formen de mí conceptos equivocados. Pero soy leal, y sé que únicamente con usted se podrá restablecer aquí la situación. ¿Me cree?

—Le creo, Grey —contestó Dan, y le tendió la mano. Después del

apretón, el joven repuso—: ¿Y los demás? ¿Qué ha sido de Silvia, del profesor y de los muchachos? ¿Lo sabe?

—No me han confiado demasiadas cosas, Farrell —contestó el otro, evasivamente, y el joven comprendió que de nuevo ocultaba algo —: Pero tenemos las llaves y es de suponer que todas las habitaciones del pasillo sean celdas como esta. Probemos.

Fue necesario probar las llaves una por una, pero no se perdió en ello demasiado tiempo. Primero, cerraron la celda en la que quedaban los dos guardianes; y después, con paciencia, fueron abriendo las demás puertas que daban al pasillo.

Dos de las celdas, semejantes a la que ya conocían, estaban desocupadas. Pero en la tercera encontraron a Frank Collins, el piloto de su nave, y a Fred Mortimer, el ayudante. Y en otra apareció Gus Harrisson, el operador de a bordo. Las restantes estaban vacías. Silvia y su padre no estaban encerrados allí.

Los muchachos de la tripulación se alegraron de su rescate, y se pusieron incondicionalmente a las órdenes del teniente. A Dan le preocupaba sobre todo no haber podido encontrar a Silvia. Presumió que Grey sabía más de lo que había dicho, pero no se atrevió a interrogarle. El hombre había dado muestras de su lealtad, y hasta había realizado un acto de valor desusado en él al emprenderla contra los dos guardianes. No se le podía exigir más, por el momento.

Dan pensó que se podía someter a interrogatorio a los dos guardianes prisioneros, pero al momento desechó la idea. Aquellos dos hombres podían facilitarles datos falsos que les hicieran caer en una trampa. Lo mejor, pues, era obrar por cuenta propia y allanar los obstáculos a tiro limpio.

El joven había recuperado su pistola atómica, y la de proyectiles corrientes, que entregó a Gus; Grey tenía la suya propia, y las que habían pertenecido a los guardianes pasaron a poder del piloto y su ayudante.

—Constituimos un pequeño ejército —dijo Dan—. Vamos a iniciar la lucha y abrirnos paso como sea, hasta que hayamos desmontado toda esta criminal organización. Obraremos sobre la marcha y de acuerdo con las circunstancias. ¡Adelanto, amigos!

Se dirigieron a la puerta de la gruta. Fuera, en el estrecho valle, no había más que hombres-mono, los cuales no se preocuparon de la presencia de los terrícolas. Estaban acostumbrados a verlos, y no eran capaces de distinguir si se trataba de amigos o enemigos.

Y entonces, de una de las grutas más alejadas, empezó a salir una extraña comitiva. La presidía un personaje con adornos especiales en su cuerpo, a base de pieles extrañas y enormes plumas, y al que daban

escolta dos guerreros armados con hachas de piedra y arcos. Seguían más guerreros, todos ellos armados, que custodiaban a una veintena de prisioneros cuya condición era fácil de reconocer, porque iban atados de brazos con fuertes tallos de plantas, y eran tratados a empujones por los que les obligaban a seguir adelante.

Grey señaló al personaje principal.

—¡Es Ghar, el rey de Titán! —dijo.

—Y el que va delante de los prisioneros es Ukah, su rival vencido —añadió Dan—. Pese a que todos esos hombres-mono se parecen, creo reconocerle bien.

—Lo es —confirmó Grey—. ¿Y saben qué van a hacer con él y sus compañeros? ¡Llevarlos al suplicio! Ghar no perdona. Sabe que Ukah no aceptará nunca su supremacía y por eso decidió arrasar su aldea y ahora lo va a ejecutar junto con los demás jefes que han caído prisioneros.

—Pero no vamos a permitirlo… —dijo el piloto, mientras sus compañeros hacían gestos para indicar que estaban de acuerdo con él.

—Lo comprendo, aunque verían ustedes un espectáculo interesante —repuso Grey—. Vean cuántos titanianos se acercan para presenciarlo. Los métodos son primitivos, como pueden suponer. Lo más fácil es que los mutilen antes de quitarles la vida. Les cortarán las orejas, la nariz, les sacarán los ojos…

—¡Cállese, Grey! —gritó Dan, furioso. Y luego, con más suavidad, añadió—: ¿Qué se propone usted al decirnos todo esto? Adivino que oculta algo.

—¿Yo? Pues… nada. Me limito a escuchar. ¿No oyen el griterío? Más o menos es lo que piden lo súbditos de Ghar para sus enemigos. Sólo que… estoy escuchando también algunas voces de protesta. No todos los hombres-mono están sometidos voluntariamente a Ghar. ¡Observen!

En efecto, entre la multitud pareció que había opiniones opuestas. Los hombres-mono empezaron a mirarse con antagonismo, y acabaron formando dos bandos que se atacaron uno a otro con sus armas primitivas. Ghar había ido demasiado lejos. Mientras se limitaba a someter a las tribus rivales, éstas fingían más o menos acatamiento forzadas por las circunstancias. Pero ahora se llevaba al suplicio a los jefes; a unos personajes que habían luchado por la libertad de Titán, y sus antiguos partidarios se alzaban contra el opresor.

—Ya les he dicho que el espectáculo se presentaba interesante —repuso Grey—. Sólo que no me refería al ajusticiamiento.

La lucha se estaba generalizando, y de las cavernas empezaron a salir multitud de hombres-mono, que tomaron partido por uno u otro

bando, según su afinidad.

—Es una lucha entre ellos y en igualdad de condiciones y hemos de permanecer neutrales —dijo Dan—. Lo que me extraña es que Ghar no haya tomado más precauciones.

—Cuenta siempre con la ayuda de sus amigos terrícolas —dijo Grey—. Sabe que intervendrán con las armas atómicas cuando sea preciso.

Confirmando aquellas palabras, por una de las cuevas, inmediata a la que estaban Dan y sus amigos, aparecieron cinco o seis hombres empuñando pistolas atómicas. El ruido del combate había sido captado desde la base terrícola, y la intervención no se había hecho esperar.

Dan no lo pensó más. Antes de que los hombres emplearan sus armas contra los titanianos, hizo él uso de la suya, fundiendo con su bala atómica una piedra muy cercana a la boca de la cueva por la que habían salido los traidores. Éstos, que sólo habían prestado atención al combate entre los hombres-mono, se volvieron, encontrándose con la sorpresa de Dan y sus compañeros que les estaban apuntando.

—¿Qué…? —empezó a decir uno de ellos.

—¡Un solo gesto y se convierten ustedes en materia radiactiva! —gritó el teniente—. ¡Suelten las pistolas! ¡No repetiré la orden!

La ventaja estaba de parte de Dan y los suyos, que apuntaban ya y sólo tenían que apretar los disparadores. Los rebeldes tenían que efectuar más movimientos con las armas, si querían luchar, y esto les sería fatal. Porque en combates con armas atómicas no había heridos.

Comprendiendo su situación, abrieron las manos y dejaron caer las pistolas al suelo. Sólo uno, el que estaba más cerca de la boca de la cueva, pudo escapar. Después de soltar la pistola, como los demás, dio media vuelta rápida y echó a correr, buscando protección en el interior.

—¡Alarma! ¡Alarma! —le oyeron gritar—. ¡Los prisioneros se han escapado!

—¡Gus! —ordenó Dan—. ¡Tú llevas pistola de balas corrientes! ¡Persíguele y túmbale de un tiro! ¡Sin matarlo!

El operador no se hizo repetir la orden. Emprendió la carrera hacia el interior de la cueva, y al momento se oyeron los secos estampidos de dos disparos, seguidos del grito de dolor del fugitivo al ser alcanzado.

—¡Ya está, Farrell! —gritó, desde dentro—. ¡Pero salen más!

—¡Vamos todos! —ordenó Dan. Y fue el primero en precipitarse al interior.

Hubiera querido permanecer unos momentos más fuera para observar el curso de la batalla entre los partidarios de Ghar y los de Ukah. La lucha parecía aún indecisa. Pero mientras entre terribles gritos los hombres-mono se atacaban unos a otros con sus primitivas armas, ya el jefe cautivo había sido puesto en libertad y azuzaba a sus partidarios contra los de su enemigo.

No pudieron ver más porque entraron en la gruta siguiendo a Dan. Gus Harrisson se había tendido en el suelo, junto al herido, y volvía a disparar su pistola contra un grupo de hombres que había aparecido por el fondo. Hombres blancos entre los que se mezclaban titanianos, todos ellos equipados con armamento atómico.

—¡Hay que tirar al bulto! —exclamó Dan—. ¡No tenemos más remedio!

Apretó el gatillo y un titaniano fue volatilizado. Dan no había elegido el blanco. No le importaba quién cayera bajo su fuego, pues al otro lado no había más que enemigos.

Éstos replicaron a su vez. Una de las balas convirtió en humo al herido, mientras otra hacía desaparecer al bravo Gus, que era el que se había adentrado más en la cueva.

Fue una muerte que sintieron todos profundamente, y que les hizo sentirse más enardecidos en la lucha que acababan de emprender. Incluso Grey, en su furor, se sintió valiente.

—¡Esto no se lo perdono! —gritó—. ¡No! ¡No se lo puedo perdonar!

—¡Fuego! ¡Fuego! —fue la orden de Dan.

Y otros dos enemigos desaparecieron, mientras los restantes se retiraban más al interior, protegiéndose tras un recodo.

Dan echó a correr, en zigzag, pues el espacio se lo permitía perfectamente. Aquella cueva no era estrecha como la otra, terminando en un pasillo, sino que tenía todo el aspecto de un enorme almacén. Sus paredes estaban muy separadas y el techo era altísimo, sin que se hubiera efectuado allí obra alguna, salvo en el suelo, que se había allanado y en el que se habían colocado unos carriles.

El fondo se perdía en la oscuridad, pero a Dan no le costó distinguir las siluetas de unos tanques, semejantes a los que había visto ya, y las de varías astronaves montadas sobre plataformas, que sin duda se sacaban al exterior mediante los carriles del suelo.

Sin embargo, en aquel momento su máxima atención estaba puesta en la posible reaparición de sus enemigos. Avanzó hacia el recodo que formaba la pared rocosa. Sus enemigos se habían parapetado allí, y Dan vio un brazo que se alzaba, armado con una pistola atómica.

Pudo lanzarse al suelo al tiempo que brillaba el disparo en el arma, y una fracción de segundo después del impacto destruía una piedra de la pared, al otro lado.

Entonces Dan disparó a su vez, eliminando a un enemigo y cambiando rápido de posición en el suelo, al mismo tiempo.

Pero ya sus compañeros estaban tras él y todas sus armas empezaron a funcionar. Los piratas vieron disminuir su número, y dos de ellos pudieron aún escapar, desapareciendo por una puerta que se abría a un lado de la cueva en la pared sin desbastar.

La puerta se cerró automáticamente, dejando fuera a Dan y sus amigos, que en vano trataron de derribarla.

—¡Empleemos las pistolas contra ella! —gritó el teniente—. ¡Hay que abrirse paso como sea!

Los impactos atómicos abrieron un boquete en la puerta, suficiente para permitir el paso a un hombre. Sin embargo, Dan no se decidió a entrar inmediatamente. Sus enemigos podían estar al otro lado, aguardando y aquello sería el fin del joven y de los que le siguiesen en la aventura.

—Dispararemos a través del boquete —dijo—. Limpiaremos el interior antes de entrar. Si hay alguien apostado, morirá o tendrá que refugiarse más lejos. Poco a poco, conquistaremos toda la base pirata.

Secundado por el piloto, el joven efectuó una serie de disparos en abanico que aseguraron el paso al otro lado de la puerta. No era posible, si había alguien allí, que hubiera podido escapar con vida.

Y entonces, deslizándose a través del boquete, pasó a la parte interior. Se encontró en una habitación no muy amplia, en cuyos muros se notaban ahora los efectos de los disparos, pero que no era más que una especie de acceso a un pasillo situado al lado opuesto a la puerta.

—Tendremos que meternos por el pasillo —dijo Dan—. Pero antes emplearemos el mismo procedimiento que para cruzar la puerta.

Sus compañeros estaban ya a su lado. Iban a repetir la operación, cuando Grey advirtió:

—¡Cuidado! ¡Se oyen pasos en el corredor! ¡Alguien se acerca!

Dan levantó su arma.

—¡Advertencia única! —gritó—. ¡Ríndase! ¡Diga que se rinde y échese al suelo o dejará de vivir!

Le contestó una voz de mujer. Una voz terriblemente trastornada, pero que el joven reconoció al momento.

—¡Dan! ¡Dan! ¡No dispares! ¡Soy yo!

El joven teniente exclamó:

—¡Silvia!

El teniente se precipitó por el pasillo. Estaba oscuro, como el resto de la cueva, pero pudo distinguir la silueta de la mujer que llegaba corriendo y que acabó estrechándose en sus brazos.

—¡Oh, Dan! ¡Huyamos! ¡Huyamos de aquí! ¡Creo que me voy a volver loca!

Y estalló en amargos sollozos.

—Cálmate, querida —dijo Dan, consolándola—. Ahora vuelves a estar libre. A nuestro lado no te ocurrirá ya nada.

—Pero es que tú no sabes... —empezó a decir ella, sin atenuar su amargo llanto. La interrumpió la voz de Grey, al gritar este:

—¡Ahí fuera ocurre algo! ¡Escuchen!

Salieron todos por el boquete de la puerta, dispuestos a enfrentarse con lo que fuera. Dan tuvo que hacerlo el último esta vez, pues tenía aún a Silvia apretada contra él y tan inconsolable como en el primer momento.

Enseguida vieron de lo que se trataba. Una de las plataformas se había puesto en movimiento, con la nave que llevaba encima, y se dirigía por el carril hacia la salida de la cueva.

—¡Sacan una nave! —gritó Collins—. ¡Escapan!

—¡No una, sino dos! —dijo Mortimer, señalando otra—. ¡Y no podemos hacer nada para impedirlo!

Las plataformas pasaron por delante de Dan y sus amigos, deslizándose por los carriles, y avanzaron hasta llegar a la salida de la cueva. Allí las dos naves estuvieron en situación de poderse elevar, y no perdieron el tiempo. Dejando una estela de espeso humo, efectuaron el despegue y desaparecieron de la vista de los que habían quedado en el interior de la cueva.

—Hay más naves —dijo Grey—. Les podemos perseguir.

—Sí, pero no inmediatamente —añadió Dan—. Las plataformas nos lo impiden ahora. Para poder sacar otra hemos de retirar las anteriores.

Fue necesario hacerlas retroceder por el raíl, y para ello tenían que ir a la entrada de la gruta para poner en marcha los mecanismos que movían las plataformas.

Desde allí, Dan y sus amigos pudieron presenciar lo que era ya el final de la batalla entre los hombres-mono. Desde el momento en que habían abandonado aquel lugar, no hacía demasiado rato, la lucha había tomado un signo definido. Los piratas blancos sólo facilitaban armas atómicas a Ghar y sus huestes cuando era necesario acometer alguna empresa, y siempre bajo riguroso control. Los bandidos querían

utilizar a los titanianos para sus propios fines, pero temían verse aplastados por ellos y procuraban tenerlos desarmados y a su merced si era conveniente.

Por eso la batalla entre los de Ghar y los de Ukah se había tenido que librar con las primitivas armas de aquellos seres, y esto había inclinado la victoria hacia el lado del segundo. Ghar, único titaniano a quién los piratas habían conseguido hacer pronunciar algunas palabras en inglés, aun sin entender su significado, no gozaba de simpatías en Titán. Había sido un cabecilla de tribu, y los terrícolas le habían elevado al rango de rey, dándole el mando supremo sobre los indígenas del satélite, para que sirviera así a sus propios fines.

Pero el verdadero jefe, el que todas las tribus reconocían como legítimo, era Ukah, al que Ghar se había preparado para sacrificar. Sin embargo, iniciada la sublevación en el momento supremo, y viendo los hombres-mono dentro de su escasa mentalidad que no comparecían los terrícolas con sus terribles armas, el bando de Ghar había ido mermando a medida que aumentaba el de su rival.

Y ahora, Dan y los suyos vieron tendido en el valle, frente a las cuevas, el cadáver destrozado de Ghar, al que pudieron reconocer por sus atributos destrozados, mientras que sus escasos partidarios, los que no se habían rendido a tiempo, huían por las laderas perseguidos encarnizadamente por la gente de Ukah.

La batalla había sido dura, terrible y a muerte, como las libradas por todos los pueblos primitivos. En el valle eran muchos centenares los cadáveres que acompañaban al de Ghar, la mayoría de ellos terriblemente mutilados a causa de los feroces golpes que habían recibido. Y por las laderas de las montañas seguía la cacería. Silbaban las flechas, mezclándose con el estruendoso griterío de uno y otro bando, y entre las rocas iban cayendo hombres-mono, con los cuerpos atravesados, para no levantarse más.

—Lo único que me consuela es que no hemos tomado parte en esta carnicería —dijo Dan, saltando a una de las plataformas para ponerla en marcha.

Luego, se fijó en que Silvia seguía llorando.

—No te aflijas, pequeña —le dijo—. Esa gente pose una mentalidad muy distinta de la nuestra. Costará mucho educarlos, aunque lo intentaremos.

Pero Silvia prosiguió su llanto, con más amargara aún. Dan lo atribuyó a nervios, y se encogió de hombros.

—¡Adelante, amigos! —repuso, dirigiéndose a sus compañeros—. Tan sólo falta ya el último combate.

Las plataformas se movieron hacia el interior de la gruta. Y, con

gran extrañeza de Dan, el llanto de Silvia no se calmó lo más mínimo.

CAPÍTULO VI



UE necesario maniobrar para que las plataformas vacías pasaran a un desvío, cediendo el paso a otras dos cargadas con astronaves. Y un cuarto de hora más tarde, éstas se hallaban ya a la entrada de la cueva, mientras Dan distribuía a sus hombres para tripularlas.

—Vosotros dos, Collins y Mortimer, pasaréis a bordo de una, mientras que Silvia, Grey y yo tripularemos la otra. La consigna es dar caza a los fugitivos. Procuren averiar sólo las naves para obligarles a

aterrizar. Pero si no hay más remedio, no vacilen en destruirlas.

—De acuerdo, Farrell —contestó Mortimer.

—Nos mantendremos en contacto por radio —repuso Dan—. De momento, esto es lo más urgente para terminar con los piratas. Luego nos ocuparemos de buscar al profesor Preston. Lo siento, Silvia, pero hemos de obrar así. De todos modos, esté donde esté tu padre, no corre ya peligro y todo el trabajo consistirá en localizarlo.

Silvia había conseguido contener sus lágrimas, con un gran esfuerzo, pero ante las palabras de Dan volvió a dejarlas rodar por sus mejillas. Y no contestó palabra, limitándose a pasar al interior de la nave que le había sido designada.

Dan y Grey entraron con ella, dirigiéndose los tres a la cabina de mandos, desde donde establecieron contacto con Mortimer y Collins, que a su vez habían pasado a tripular la otra nave, de acuerdo con las órdenes de Dan.

—¿Preparados, muchachos? —preguntó el teniente.

—Cuando quieras, Farrell —fue la respuesta.

—¡Pues ahora mismo! ¡No hay tiempo que perder! ¡Rápido!

Y las dos naves despegaron, casi simultáneamente. Abajo, los últimos partidarios de Ghar estaban siendo exterminados. Y en lo alto, las naves piratas aparecían como dos puntitos negros en el cielo de Titán, aunque no se atrevían al parecer a abandonar sus cercanías.

En realidad, no podían hacerlo. Tenían la seguridad de que Dan y sus hombres darían la voz de alarma, y que pronto las patrullas del espacio se lanzarían en su búsqueda y les harían imposible el aterrizaje en cualquier parte habitada del Sistema Solar.

Les quedaba el recurso de ir a refugiarse provisionalmente en la superficie de cualquier astro muerto. Pero ¿cuánto tiempo y en qué condiciones podrían permanecer allí? Las patrullas o el propio Dan, con sus sistemas de radar perfeccionado, acabarían también por localizarles, y entonces se tendrían que entregar o librar la batalla definitiva con muchas menos posibilidades a su favor que en aquel momento.

Para los piratas el único recurso era pelear. Su obra había sido prácticamente destruida. Los hombres-mono, que habían de constituir su ejército de invasión y uno de los puntales de su terrible obra, habían sido derrotados por los partidarios de Ukah, que ahora se proclamaría rey absoluto de Titán y establecería sólidos lazos con Dan Farrell y los principios que el joven teniente defendía.

Pero, a pesar de todo, tenían que pelear. Tenían que hacerlo ahora en defensa de sus propias vidas, pues, si eran capturados, Dan

los entregaría a la justicia y ésta no vacilaría en hacerles pagar sus delitos.

Su única posibilidad estaba en vencer a la pequeña escuadrilla formada por las naves que mandaba Dan. Entonces, aunque el joven hubiese comunicado la situación a las patrullas siderales, los piratas podrían desembarcar nuevamente en Titán y buscar refugio en algún punto de aquel pequeño astro, donde la existencia era posible.

Se trataba de un recurso apurado, fruto de la desesperación, pero era el único camino. Ocultando una nave en Titán, viviendo ellos escondidos en las selvas, podían dejar pasar algunos años y tratar luego de reintegrarse a la civilización confiando en que ya no serían reconocidos.

En aquello iba a parar todo cuanto habían planeado los piratas y que tanto trabajo les había costado. Todo concluía en una lucha por la existencia, olvidándose ya de la invasión de las bases terrícolas y del aprovechamiento y expoliación de sus ricos productos naturales.

Pero en aquella lucha pondrían tanto empeño como en la otra, porque en ella sus vidas estaban aún más en juego. Por lo tanto, al ver a las naves enemigas, las dos piratas hicieron marcha atrás y se prepararon para la lucha.

Desde su pantalla de radar Dan vio cómo los dos puntitos se agrandaban hasta llegar a tomar forma. Él aceleró también, al tiempo que establecía contacto con la nave tripulada por sus compañeros.

—¡Atención, Mortimer! —gritó—. ¿Os habéis dado cuenta?

—Sí, teniente, y estamos preparados para recibirles.

—Procurad que los torpedos se limiten a rozar el timón de cola. Es suficiente para obligarles a aterrizar. Y ahora cada uno de nosotros va a elegir a un enemigo. Mira a las dos naves a través de tu radar. Yo me quedo con la nave que se acerca por la derecha.

—Entonces la mía será la de la izquierda. Conforme, Farrell.

Cortaron la comunicación, y cada uno de ellos se mantuvo atento al enemigo que había elegido.

Dan se dirigió a Grey, que atendía al lanzamiento de torpedos aéreos.

—Procure manipular la palanca en el momento que yo le diga, Grey.

—Estoy atento a sus órdenes, Farrell —contestó el científico, que había recobrado aquel aspecto dudoso que tanto hacía sospechar al teniente.

Éste se dio cuenta de que miraba a Silvia, la cual, con el terror pintado en su rostro, parecía estar ausente de todo. A Dan le hubiera

gustado interrogarla a fondo, para aclarar aquella especie de misterio que la envolvía desde que se habían encontrado de nuevo en la gruta, pero la necesidad de estar atento a la lucha que se aproximaba le obligó a desistir.

Ahora las naves evolucionaban ya muy cerca las unas de las otras, y en el momento menos pensado los torpedos empezarían a surcar el espacio.

Antes de dar orden de soltar los propios, el joven teniente intentó parlamentar. Manipulando en el aparato televisor, inició la llamada a sus enemigos.

—¡Teniente Dan Farrell, del Ejército americano, llama a ustedes! ¡Atención!

No le contestaron. Era evidente que habían registrado la llamada, pero al parecer se negaban a atenderla. Dan quiso insistir:

—¡Llama el teniente Dan Farrell! ¡Será mejor para ustedes que contesten! ¡Puedo ofrecerles buenas condiciones de rendición!

Contestó una voz, pero no vieron ningún rostro en la pantalla.

—¡No nos interesan sus condiciones ni pensamos rendirnos! ¡Estamos dispuestos a destruirles!

—¡No hagan tonterías! —repuso Dan—. ¡Y asomen el rostro! ¿Con quién hablo? ¿Por qué se oculta?

Grey intervino rápido. Mientras Dan atendía a la televisión, él, sin apartarse de su puesto en la palanca de los torpedos, tenía puesta la vista en la pantalla de radar.

—¡Cuidado, Farrell! —gritó—. ¡Han disparado ya! ¡Vaya con cuidado!

—¡Los muy traidores! —rugió Dan, precipitándose a las palancas de dirección.

Las hizo maniobrar con tal rapidez que toda la nave experimentó una sacudida y los tres, él, Grey y Silvia, estuvieren a punto de rodar por el suelo. Pero el torpedo pasó alto, sin efecto alguno.

—¡Está bien! —gritó Dan, luego—. ¿Quieren guerra en vez de negociaciones? ¡Pues la van a tener! ¡Hasta que se cansen!

Entonces, por primera vez, intervino Silvia.

—¡No, Dan! —dijo, con expresión de angustia—. ¡Nada de guerra! ¡Trata de convencerles!

—¿Convencerles? ¿Cómo? ¿Es que no te das cuenta de la realidad? ¡A ti te pasa algo que me has estado callando, Silvia! ¡Es mejor que hables! ¡Esto te aliviará!

—¡Otro torpedo! —gritó Grey.

Dan tuvo que maniobrar de nuevo. Vio entonces su oportunidad, al tener la cola de la nave enemiga en su punto de mira, y dio la orden:

—¡Fuego, Grey! ¡Ya es nuestro!

La mano de Grey movió rápida la palanca, mientras Silvia dejaba escapar un grito de angustia. Segundos después hablaba Grey, y sus palabras parecieron tranquilizar a la muchacha.

—¡Hemos fallado! ¡Han conseguido evitarlo!

Mientras, la nave tripulada por Mortimer y Collins entraba también en acción, contra el enemigo que había elegido, obligándole a presentar combate en vez de ayudar a su compañera como se proponía hacer. Las naves, pues, aunque muy cercanas todas ellas, combatían en dos grupos separados. Y Mortimer, después de varios intentos que resultaron fallidos, consiguió con uno de sus torpedos llevarse parte del timón de cola de su adversaria.

Él y Collins soltaron a dúo una exclamación de alegría.

—¡Ya los tenemos fuera de combate! ¡Tal como nos ha recomendado el teniente!

—¡Ahora podremos ayudarle a él! ¡La batalla está prácticamente terminada!

Los infelices no sabían aún que lo estaba del todo para ellos. En su entusiasmo por la victoria conseguida habían descuidado ligeramente la vigilancia, y cuando quisieron rectificar su actitud fue ya demasiado tarde.

La nave que luchaba contra Dan los vio entrar en pleno en su punto de mira y no desaprovechó la oportunidad. Con más saña quizá, porque acababan de inutilizar a la otra y la dejaban abandonada en la lucha.

Collins, con los ojos desorbitados, pasando, repentinamente de la euforia al terror, gritó:

—¡Fred! ¡Fred! ¡Un torpedo! ¡Viene directo!

Mortimer maniobró lo más aprisa que pudo, pero todo fue en vano. El furibundo explosivo chocó contra el casco de la nave, y un segundo después ésta y sus dos tripulantes estallaban descuartizados en la atmósfera de Titán, mientras una densa nube de humo lo envolvía todo.

Desde su cabina Dan y sus dos compañeros presenciaron, la trágica escena. El furor invadió al joven teniente.

—¡Pobres muchachos! —dijo—. ¡No necesitaban tener semejante fin! Yo había propuesto una rendición condicionada, y esos bandidos han podido comprobar nuestra nobleza al ver que sólo tratábamos de

averiar sus naves. ¡Sus muertes han sido verdaderos asesinatos!

La otra nave no representaba ya ningún peligro. Permanecía en el aire, pero roto su timón no podía evolucionar y no tendría más remedio que descender a la superficie de Titán. Dejaron, pues, de ocuparse de ella, para centrar toda su atención en la que desde el primer momento había luchado tan encarnizadamente contra Dan.

—No pienso darles cuartel ahora —dijo el joven—. Son asesinos, pues que paguen su delito.

Y vio su gran oportunidad. Dentro de las incesantes evoluciones que efectuaban ambas naves para llegar al ataque definitivo, el teniente vio que su enemiga entraba de pleno dentro del punto de mira, ofreciéndole un flanco de la misma forma que la nave de Mortimer y Collins se lo había ofrecido a ella pocos minutos antes.

—¡Fuego, Grey! ¡Fuego! —gritó, con verdadera rabia.

Grey fue a obedecer, pero Silvia se le anticipó con una rapidez que parecía imposible en una joven delicada como ella. De un salto se precipitó a las palancas de mando, y mientras surgía el torpedo ella modificó la dirección de la nave para hacerlo desviar.

—¡No! ¡No! —gritó, y había frenesí en su voz.

Dan estaba atónito.

—¡Silvia! —dijo—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—Sí, Dan, sí! ¡Pero tú también comprenderás mi actitud cuando te diga que en esa nave está mi padre!

—¿Tu… padre? ¿Has dicho tu padre?

—¡Sí, Dan! ¡Mi padre! ¡Y no puedo permitir que lo destruyas!

—Pero… ¿lo llevan prisionero? ¿Por qué no lo has dicho antes, Silvia?

—No lo llevan prisionero —contestó la muchacha, con voz desmayada—. Mi padre está allí… como jefe de la nave. ¡Él es quien la manda! ¡Él es quien los ha mandado a todos! ¡Él es el jefe supremo de nuestros enemigos! ¡Yo no lo he sabido hasta después de haber caído prisionera!

Y el torrente de lágrimas, más amargas que nunca, volvió a los ojos de la infeliz muchacha.

*   *   *

—¿Has dicho que era tu padre? —volvió a preguntar Dan, incrédulo—. ¿El profesor Preston?

Fue Grey quien contestó, porque Silvia no estaba en condiciones de hacerlo.

—Sí, Farrell —dijo—. Y yo también lo sabía. Lo sabía, o mejor dicho, lo sospechaba, desde mucho antes de llegar a Titán. Concretamente, desde antes de iniciarse esta expedición que nos ha llevado a tantos millones de kilómetros de la Tierra.

La nave estaba ahora a mucha distancia de la de Preston. Al conocer la terrible revelación, Dan no se había sentido en condiciones de prestar atención a la lucha y había acelerado la marcha de la nave alejándose a toda velocidad aun a riesgo de pasar por cobarde. Preston evolucionaba a distancia, sin peligro, y había tiempo de mantener una conversación que acabaría de aclarar las cosas.

—¿Quiere explicarse, Grey? —preguntó el teniente.

Éste asintió:

—Resumiré cuanto pueda. En el Centro Atómico se habían notado últimamente algunas irregularidades en el profesor Preston. Nada concreto, nada definitivo, pero ya sabe usted que en una entidad de ese tipo el más leve detalle se hace sospechoso. Preston había empezado por considerar poco remunerados sus esfuerzos en provecho de la ciencia. Había adquirido un principio de megalomanía, que le hacía creerse por encima de los demás, cuyo trabajo despreciaba. Luego, efectuó algunos viajes largos, alegando diversos motivos, ninguno de los cuales resultó bastante claro.

—Fue sin duda en el curso de esos viajes cuando empezó a prepararlo todo —comentó Dan.

—Vino luego esta larga expedición, sugerida por él mismo —repuso Grey—. El Centro Atómico no le podía desautorizar, pero tampoco tenía plena confianza en él. Me sugirieron reservadamente que me ofreciese voluntario a la expedición para vigilarle en secreto. No quiero pecar de inmodesto, Farrell, pero en el terreno científico se tiene bastante confianza en mí.

Dan recordó la teoría de Grey acerca de la posible formación de Titán y de las causas de la vida en el astro. Era imposible de comprobar, pero no resultaba descabellada sino que, al contrario, era lógica en muchos aspectos. Pero en aquellos momentos el joven no estaba para pensar en teorías científicas. Sus ojos se posaron instintivamente sobre Silvia, que sollozaba en un rincón de la cabina, mientras Grey proseguía:

—No soy ningún valiente, y esto me lleva a reacciones desconcertantes en los momentos de peligro. Pero acepté, dispuesto a enfrentarme con lo que fuese. Era necesario tener la evidencia de la conducta de Preston, y decidí sacrificarme. Desde luego, yo tenía orden de dejarle obrar. En el Centro no ignoran que yo no soy hombre de lucha, y mi misión consistía únicamente en vigilar a Preston y dar

luego el informe de todo lo que hiciera.

Grey efectuó una pausa. Sus ojos se habían posado también en Silvia. Y al cabo de un momento, repuso:

—Esto es aparte de los sentimientos que sigo manteniendo con relación a Silvia. Sé que usted ha conseguido ser correspondido por ella, y esto ha motivado mis momentos de mal humor durante el viaje. Lo siento...

—Yo también lo siento, Silvia —le dijo—. He de luchar contra alguien de tu propia sangre. Quisiera no tenerlo que hacer, pero el deber está por encima de todo. Temo que esto creará una barrera entre nosotros.

Ella alzó la vista para mirarle entre lágrimas.

—La habrá si tú me rechazas, Dan —contestó—. Cierto que la situación me causa un dolor inmenso, pero es por lo inesperada. Y te diré algo más, no para incitarte a continuar la lucha, sino para establecer la verdad. El profesor Preston no es en realidad mi padre. Mi madre era viuda y yo había nacido ya cuando se casaron. Es mi padrastro; no llevo su sangre. Pero nos hemos querido siempre mucho; y cuando mi madre murió y quedamos solos, me consideró como su hija legitima. Llevo su apellido por adopción, pero no porque me corresponda. Mi padre se llamaba Brent.

Parecía haberse entrado en el terreno de las confesiones. Tras una breve pausa la joven continuó:

—Pero yo seguiré llamándole padre hasta el fin. Cierto que ya había notado algo anormal en él, pero no esperaba esto. Se creía superior a los demás y algunas veces insinuaba que había de llegar el día en que se cobrase todo lo que le debían en realidad por los servicios prestados a la ciencia. Pero no dejaban de ser términos vagos, propios de un descontento, aunque sin visos de realidad. Cuando me secuestraron y me llevó a su lado; cuando vi que era el jefe, que todos le obedecían, sufrí un golpe muy duro. ¡Nunca hubiera esperado esto de él! ¡Nunca!

—Pero él sabe que estás aquí y, sin embargo, no vacila en atacar, Silvia —dijo Dan.

—No lo sabe. Me ordenó que subiera a bordo de la nave en la que iban a escapar de la cueva; pero yo, horrorizada, tomé otro camino. Al notar mi ausencia ha debido pensar que me he quedado en Titán.

A pesar de todo, no se perdía contacto con los aparatos que comunicaban con el exterior y Grey fue el primero en advertir la nueva proximidad de la nave de Preston.

—¡Cuidado! —gritó, dando la voz de alarma—. ¡Lo volvemos a tener encima!

Dan se puso de nuevo a los mandos. La lucha se iba a reanudar, porque en su furor Preston deseaba ardientemente derribar la nave del joven.

—Ahora que ya lo sabes todo, Dan, se clemente con él —suplicó la muchacha.

—Mi posición no ha variado, Silvia. Trataré de derribarle, pero no de destruir su nave. Mi deber me obliga a entregarlo con vida a la justicia, si ello es posible.

Y volvió a manipular los mandos de la televisión, efectuando otra llamada:

—¡Preston! ¡Profesor Preston! ¡Llama Dan Farrell! ¡Conteste! ¡Ya ve que de nada le sirve ocultar su personalidad!

Preston apareció en la pantalla. Un Preston distinto al que todos habían conocido hasta pocos días antes. Su rostro expresaba un furor incontenible, una cólera imposible de describir, y sus ojos, enormemente abiertos, de mirada terrible, daban a entender los avances que la locura había efectuado en su cerebro en el curso de muy pocas horas. Desde que había tenido que convencerse del fracaso de todos sus planes.

—¡Está bien! ¡Aquí me tiene! —dijo—. ¿Me ha descubierto? ¡De nada le va a servir! ¡Morirá! ¡Morirá usted y todos los que viajan en su nave! ¡Como han muerto los de la nave que le acompañaba!

Dejó escapar una carcajada frenética, convulsiva. Silvia contemplaba su rostro con tanto terror, que no tenía fuerzas para pronunciar una sola palabra.

—¡Le propongo que aterrice y se rinda, Preston! —dijo Dan—. ¡Yo no quiero luchar contra usted! ¡Por otra parte, aquí llevo a una persona que le es muy querida! ¡No puede disparar usted contra nosotros, Preston! ¡Silvia, su hija, está a bordo de mi nave!

—¡Miente! —contestó el loco—. ¡Miente usted!

Dan cogió a Silvia con suavidad y la colocó frente a la pantalla para que Preston pudiera verle bien.

—¿Qué me dice ahora, Harry Preston?

—¡Que miente! ¡Lo digo y lo repito! ¡Ella no es hija mía!

—¡Oh, papá! —pudo por fin exclamar la muchacha.

—¡No me llames padre! —repuso el loco—. ¡Has huido de mí! ¡Te has pasado a los que buscan mi destrucción! ¡Pero morirás con ellos! ¡Tú te lo habrás buscado!

Dan apartó a Silvia de la pantalla. Era inútil continuar aquella escena, pues Preston había perdido la razón por completo. La sensación de derrota, el ver fracasados los planes que durante tantos

años había acariciado, había acelerado el trastorno de su cerebro.

—No puedes atormentarte más, Silvia —dijo a la joven—. Retírate, y trataré de convencerle yo, aunque temo que será imposible.

—Lo es, Farrell —advirtió Grey—. Vuelve a atacar.

Dan tuvo que volver a los mandos de la nave, para hacerla maniobrar, evitando así su destrucción. Se daba cuenta de que ya no quedaba más que un medio para aplacar a Preston. Inutilizar su nave. Obligarle a aterrizar y capturarlo luego sobre la superficie de Titán. Sería un trago difícil para él, pues lo tendría que entregar a la justicia, pero no podía hacer otra cosa. Silvia lo tendría que comprender.

—¡Dispare, Grey! ¡Pronto! ¡Es el mejor momento para impedirle que continúe con su locura!

Brotó el torpedo, y momentos después la pantalla del radar registraba el impacto. La nave de Preston quedaba sin dirección. La lucha no podía continuar ya.

Entonces, el joven volvió a la pantalla televisora, estableciendo nuevo contacto con el loco. Harry Preston apareció, más terrible que nunca.

—Ahora se ha de rendir, Preston— le conminó el joven—. Ya no puede maniobrar su nave.

—Pero puedo abandonarla. ¡Escuchen bien! ¡Tomé mis medidas para el caso de un fracaso hipotético! ¡No he descuidado nada! ¡Ustedes me han vencido, pero no se vanagloriarán de su victoria! ¡Los haré perecer conmigo! ¡Haré volar este astro, y la explosión les alcanzará también! ¡Lo tengo todo preparado! ¡Todo! ¡Todo!

Soltó otra de sus histéricas carcajadas y desapareció de la pantalla. Dan y Grey se miraron, muy graves. Silvia se había apartado y parecía de nuevo ausente de todo.

—Lo hará como lo dice —fue el comentario de Grey—. En su estado mental no reparará en nada.

—Se lo impediremos, Grey —contestó Dan—. Sentiré tener que continuar la lucha en tierra, pero puesto que no hay más remedio, llegaré hasta el fin.

—¡Mire! ¡Se ha lanzado ya!

Dan observó la pantalla del radar. Silvia, saliendo de su abstracción, fue a mirar también. Vieron a Harry Preston que, equipado con un aparato antigravitatorio, se había lanzado de la nave e iba descendiendo hacia la superficie de Titán. En su mano empuñaba una pistola atómica.

—Le seguiré —dijo Dan—. Espero que me sea fácil reducirle tan pronto lleguemos ambos al suelo. Usted aterrice la nave junto a las

cuevas, Grey.

Dan se colocó a la espalda uno de los aparatos antigravitatorios, que hacían las veces de paracaídas, y se lanzó al espacio. También él empuñaba una pistola atómica, aunque no pensaba utilizarla contra el fugitivo.

Preston le llevaba bastante ventaja en el descenso. Miró hacia arriba, y vio a Dan que le seguía. Enfurecido, alzó la pistola y empezó a disparar.

—¡No me cogerás! —gritó—. ¡Nunca! ¡Nunca podrá nadie apresar a Harry Preston!

Pero en aquella situación era muy difícil acertar un blanco. Los dos cuerpos en descenso y, sobre todo, el constante movimiento que imprimía Dan al suyo, impedían toda efectividad en los disparos.

Sin embargo, Preston sería el primero en llegar a tierra, y entonces la situación se modificaría de modo favorable para él. Desde el suelo podría apuntar a Dan con la misma facilidad que un cazador a un pájaro.

El joven se dio cuenta, y empezó a estudiar la manera de salvar la vida. Había cometido un error al arrojarse tan cerca de Preston, sobre todo teniendo en cuenta que él no estaba dispuesto a disparar por ningún concepto. Entre él y Silvia se había abierto ya un pequeño abismo, que Dan no podía agrandar dando muerte personalmente al hombre que ella quería como a un verdadero padre.

Y las cosas se complicaron de pronto. Preston no disparaba ya sólo contra Dan, sino que apuntaba más alto, y el joven, mirando hacia arriba, vio que otra persona se había arrojado también de la nave y estaba descendiendo hacia la superficie de Titán. Era Silvia. La muchacha no había querido aguardar el resultado de la lucha entre los dos hombres, y se había lanzado al espacio, confiando que con su presencia evitaría el trágico final de todos.

Entretanto, Preston acabó de llegar al suelo. Había ido a parar a las inmediaciones de un bosque de helechos, pero lo bastante apartado del mismo para que pudiera actuar de acuerdo con sus planes.

Pero no valían las lamentaciones. Preston estaba en terreno descubierto, de pie, sin haberse quitado todavía el antigravitator, y con la pistola atómica en la mano apuntaba con mucho cuidado. Esta vez no estaba dispuesto a fallar.

Y en el último instante, cuando el loco se disponía a apretar el gatillo, sucedió lo imprevisto. Imprevisto, pero lógico dentro del ambiente de aquel extraño astro. De entre los helechos del bosque surgió un enorme saurio, que se dirigió a toda velocidad hacia Preston. La fiera había visto una presa y se disponía a cazarla.

—¡Cuidado, Preston! ¡Cuidado!

—¡Tratas de distraerme! ¡Me supones tonto y crees que te voy a hacer caso! ¡El único que ha de tener cuidado eres tú, aunque no te servirá de nada tenerlo!

Su dedo se empezó a doblar sobre el gatillo del arma y en aquel mismo instante la pata de la fiera se posaba sobre su cuerpo, haciéndolo rodar por el suelo.

Dan actuó entonces con rapidez, tratando de defenderlo. Le faltaban aún más de diez metros para llegar al suelo, pero calculó que la menor gravedad de Titán atenuaría la caída. Se desabrochó la correa del antigravitator, y soltándose de él, sin protección alguna, dio el salto definitivo.

El saurio se revolvió entonces, abandonando su presa vencida para lanzarse contra el nuevo enemigo. Pero Dan no había abandonado su arma. Desde el suelo, mientras empezaba a incorporarse, y cuando ya las terribles patas iban a caer pesadamente sobre su cuerpo, alzó el arma y disparó con rapidez.

Contra aquel enemigo sí que podía hacerlo, y no tuvo la menor vacilación. La bala atómica se estrelló contra el enorme cuerpo del monstruo, destrozándolo en parte. Fue necesario disparar de nuevo para que el saurio se acabase de volatilizar, pero segundos después, del animal no quedaba ya más que una nube de humo que se disipaba lentamente.

Dan, ya de pie, corrió hacia Preston por si podía prestarle alguna ayuda. El sabio vivía aún, pero su cuerpo estaba destrozado por el peso de las patas de la fiera. Agonizaba. Su rostro reflejaba intenso dolor físico, pero ya no había en él la expresión de locura de poco antes.

—Haré lo que pueda por usted, Preston. Lo llevaré a la nave...

Se le veía jadear pesadamente. Dan no se atrevió siquiera a tocarlo para no aumentar su sufrimiento. Silvia acababa de llegar al suelo y, desesperada, se acercó a toda prisa.

—¡Papá! ¡Oh, papá!

Esta vez Preston no rechazó el parentesco.

—Sí, hija mía —dijo—. Me gusta que me llames padre... Siempre me ha gustado...

—¡Te salvaremos, papá! Curarás de las heridas. Regresaremos a la Tierra, a casa, y...

Pero fue el propio Preston quien completó sus pensamientos.

—Sé que no regresaré —dijo—. Mi cuerpo está destrozado. Aquel monstruo me rompió todos los huesos... Apenas puedo ya respirar...

pero es mejor así. Ahora, en este momento, me doy cuenta de mi culpa y pido perdón a todos. Fue una locura. Ni yo mismo comprendo por qué lo hice…

Efectuó una pausa para recobrar parte del aliento que se le escapaba y continuó:

—Silvia, hija mía, cásate con Dan. Es todo un hombre y sois dignos el uno del otro. Es mi deseo, mi último deseo. Si todavía me quieres…

—¡Te he querido siempre, papá! ¡Siempre! —exclamó ella, deshaciéndose en llanto.

Preston quiso hablar más, pero sólo pudo pronunciar ya una palabra. La más humilde y quizá la más noble que el Supremo Hacedor ha puesto en el vocabulario del hombre:

—Perdón…

* * *

Los secuaces de Preston, los supervivientes de aquella descabellada empresa, no pudieron hacer otra cosa que entregarse. Fue tras una lucha breve, en la que trataron aún de resistir, después de haber abandonado las naves inutilizadas. Pero de nada les sirvió y cayeron en poder de Dan, que se encargó de llevarlos a la Tierra.

Ukah, el nuevo rey de Titán, se despidió de los tres terrícolas, prometiéndoles cordial acogida siempre que quisieran volver ahí. Por mediación de Grey, Dan le hizo saber que no tardarían en organizarse expediciones de ayuda que facilitarían a los titanianos cuantos medios fuesen necesarios para ponerlos a la altura de la civilización de que se gozaba en la Tierra. La alianza quedó concertada y la nave de Dan se hizo al espacio.

Y más tarde, en la Tierra, después que hubieron dado cuenta de su misión y entregado los prisioneros a la justicia, Dan habló a solas con Silvia.

—¿Y tú, Silvia? ¿Vas a volver al Centro Atómico? ¿Piensas continuar también tu vida de estudio?

—Sí, Dan. Pero tengo otra cosa que hacer, además. He de cumplir el último deseo de mi padre.

—¿Eh?

—He de casarme. ¿Lo has olvidado?

—¡Silvia! ¿Cómo lo podía olvidar si no he pensado en otra cosa desde entonces? Pero pensaba que quizá… después de lo que ocurrió allí…

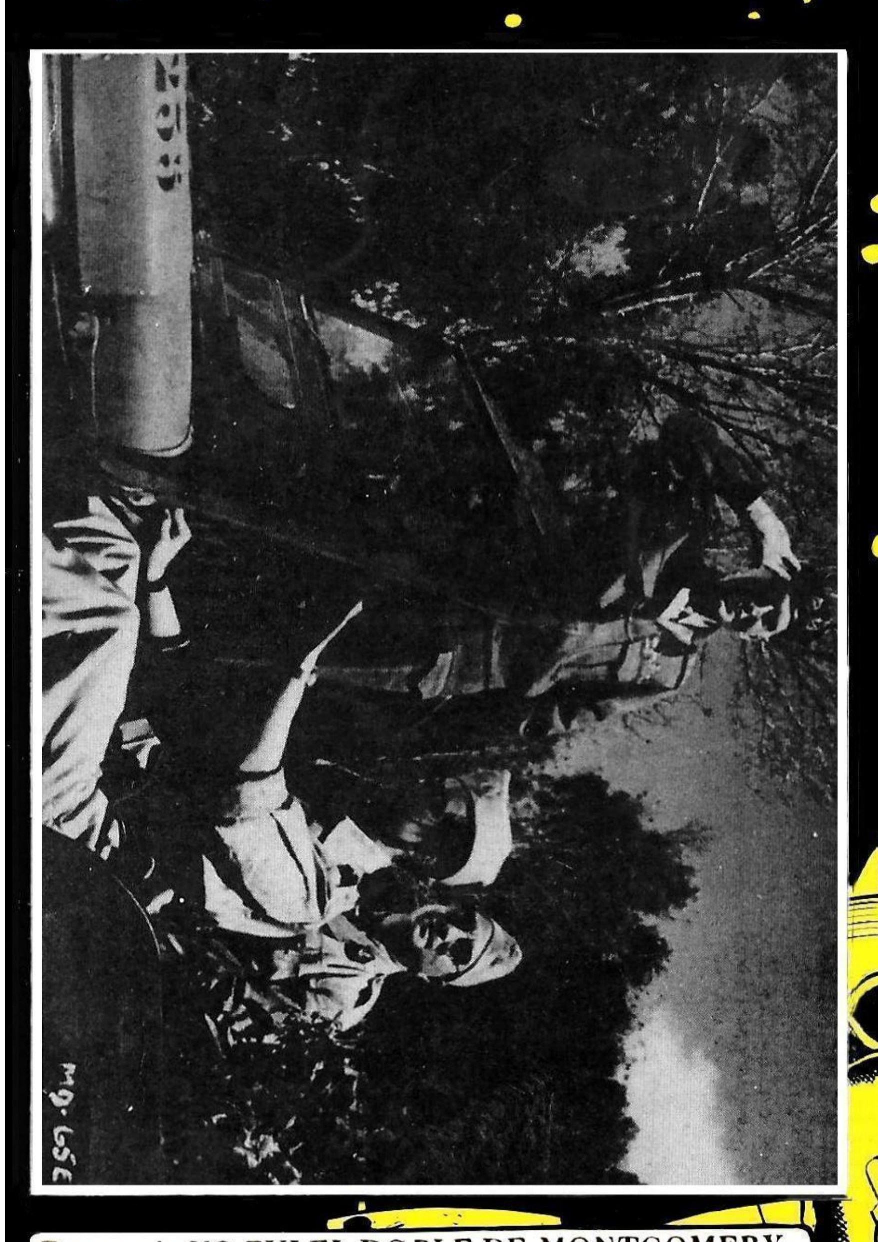
—Cumpliste con tu deber hasta el fin. Y yo no sería la esposa de

un hombre que no concibiera el deber como tú, Dan.

De pronto, se encontró en sus brazos, con los labios Dan buscando los suyos. Se olvidaron ambos de todo. De Titán, de los hombres-mono y de las penalidades pasadas.

Iban a iniciar una nueva aventura. La misma de todas las épocas, cuando ha habido en el mundo un hombre y una mujer que se han amado con verdadero y noble cariño...





Escena de YO FUI EL DOBLE DE MONTGOMERY

Distribuida por C. B. Films

Precio en España: 6.— ptas. En Argentina: 8 pesos